

Población y territorio del noroeste argentino durante el siglo XX

Alfredo S. C. Bolsi

CONICET - IEG, UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN¹
bolsi@filo.unt.edu.ar

RESUMEN

La población del Noroeste argentino se define por su transición demográfica inconclusa, por la tasa de mortalidad infantil aún elevada o por el tardío y desequilibrado proceso de urbanización. Se constata, además, el vacío poblacional asociado con la pobreza y la emigración, como así también, últimamente, la muerte de niños por desnutrición. En este artículo se describen esos rasgos y se intenta detectar la compleja red de factores que los podrían originar. Se discute también el papel que pudo haber desempeñado la responsabilidad de los agentes sociales, especialmente de las élites, en la construcción de esa red.

ABSTRACT

Population and territory of northwestern Argentina during the XX century.

The population of the Argentine Northwest is defined by its uncompleted demographic transition, the still very high infantile mortality rate or by the late and unbalanced urbanization process. It is also possible to verify a populational hole related to poverty and emigration, as well as, lately, the death of children caused by malnutrition. In this paper those features are described and we try to detect the complex net of factors that might have originated them. We also discuss the role that social agents' responsibility could have played, specially the elites, in the construction of such net.

Casi cuatro millones y medio de habitantes pueblan hoy los 560.000 kilómetros cuadrados del Noroeste argentino.² En una superficie algo similar viven aproximadamente 60 millones de franceses o unos 40 millones de españoles. Se podría discutir la validez de una comparación de este tipo, pero si asociamos ese rasgo con un proceso emigratorio que durante generaciones hiciera evidente la incapacidad regional de retener su población o –en caso de no optar por la búsqueda de horizontes mejores– con la alta difusión geográfica de la pobreza, o de la desocupación, el mero vacío adquiere una elocuencia que

¹ Deseo expresar mi agradecimiento al Ing. Horacio Madariaga, a la Mg. J. Patricia Ortiz de D'Arterio y al Lic. Pablo Paolasso por la valiosa colaboración prestada en esta oportunidad. Así mismo, las críticas de Raquel Gil Montero y Eric Carter han contribuido en buena medida a la mejora del texto que hoy presento a la consideración académica.

² En este caso se entiende que la "región" está integrada por las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja.

procuró interpretar. Tampoco expresaría nada significativo si, además, no se lo asociara con elevados índices de urbanización y con igualmente altos valores de hacinamiento urbano o con los procesos inconclusos de la transición demográfica o con una tasa de mortalidad infantil que hoy se encuentra lejos de alcanzar los mejores niveles.

En tal caso, pues, el "reducido número" integraría una concatenación de circunstancias, en su mayoría críticas, que define el perfil poblacional de la región. En estrecha relación causal con ese perfil subyace una compleja y dinámica red de interrelaciones entre factores o grupos de factores de índole variada: en estas líneas busco elaborar algunas conjeturas acerca de las características de dicha red y de sus cambios fundamentales en el transcurso del tiempo.³ En

³ En esta propuesta se intenta elaborar una síntesis sobre los avances logrados en torno al conocimiento de la población y el territorio de la región. Para ello se han utilizado principalmente los aportes reunidos en dos libros, denominados *Problemas poblacionales del Noroeste argentino* y *Problemas agrarios del Noroeste argentino*; ambos fueron editados conjuntamente por la Junta de Andalucía y la Universidad Nacional de Tucumán, en 1997. El detalle de los trabajos que allí figuran se incluyen en la bibliografía final. Es por ello que el lector se encontrará con conceptos ya conocidos y otros avances publicados en esos libros. Tal vez la novedad consista en una mayor articulación entre sus contenidos y en una reinterpretación de algunos de los conocimientos logrados. A esas dos obras de base habría que añadir nuestro trabajo

el ámbito de tales conjeturas iniciaré la discusión sobre el papel que pudo haber desempeñado la responsabilidad de distintos agentes sociales, pero principalmente de las élites, en la construcción de esa red.

CULTURA, SOCIEDAD Y TERRITORIO

Uno de los puntos de partida para desarrollar esta propuesta se apoya en la conocida idea que concibe al Noroeste argentino como una unidad cultural, social y económica que se distingue con nitidez del resto de las regiones argentinas y que, a su vez, ha constituido en el pasado y lo es en el presente, un área de diversidad y de diferentes contactos culturales. No sería entonces la homogeneidad uno de sus rasgos sobresalientes sino su complejidad cultural.

En ese contexto, cabe puntualizar que a partir del último tercio del siglo XIX se han introducido en el territorio cambios económicos, sociales y culturales de importante magnitud. La incorporación creciente del capitalismo a través de varios procesos –tal vez el más importante sería el de la agroindustria azucarera– se sobreimpuso o avanzó sobre aquella sociedad que de alguna manera podríamos llamar “tradicional” o “criolla” generando la coexistencia de un complejo mosaico de grupos humanos cuyo arco barre desde aquellos que aún permanecen distantes y aislados (de escasa rele-

realizado en colaboración denominado *Población y azúcar en el Noroeste Argentino. Mortalidad infantil y transición demográfica durante el siglo XX*, Tucumán, 2001.

vancia numérica, sin embargo, pero a veces de alta incidencia espacial) con una débil articulación a la sociedad capitalista, hasta los que se encuentran plenamente adaptados e integrados a las más recientes pautas y acciones del capitalismo flexible, según la caracterización de Harvey.

Si esta conjetura no fuera errónea, entonces tendríamos en el Noroeste un grupo de sociedades –cuyo número, en una amplia generalización, podríamos reducir a dos– que cuentan con su propio conjunto central de ideas de “cómo son y deben ser las cosas”, ideas que, es necesario decirlo, pueden diferir sustancialmente.

Esta constatación, no por obvia es trivial. El contexto cultural, es sabido, incide en los caracteres y en el comportamiento demográfico ya sea directa o indirectamente, a través de un “sistema” que resulta por ejemplo de las modas, de las creencias religiosas, principios filosóficos, o de otros factores que detallaremos adelante. Los caracteres y procesos demográficos no son ajenos a la condición biológica de las poblaciones humanas y acusan también la inevitabilidad de las leyes económicas; pero desde que se fue confirmando de manera creciente el desarrollo de procesos demográficos a veces incoherentes con la racionalidad económica, con las decisiones políticas o con los caracteres biológicos, la presencia de la “explicación cultural” se fue consolidando paulatinamente. Esto ocurre principalmente en los fenómenos asociados con la fecundidad.

Pero el contexto cultural tiene también otras connotaciones importantes. Las ideas referidas a “cómo

son y deben ser las cosas” vinculadas por ejemplo con el “uso y reparto” de la naturaleza, especialmente de la tierra —o del agua en las zonas áridas— y con el proceso de maximización de las apetencias de los grupos culturales dominantes, pueden llegar a asociarse con rasgos y procesos demográficos específicos. Desde esta perspectiva, diseñada principalmente por Sauer y su escuela de Berkeley a mediados del siglo pasado y, en alguna medida, reformulada por Harvey en años recientes, la naturaleza no es una entidad independiente de la sociedad, sino un valor cultural; la naturaleza no “es”, sino “deviene”. Es un término, dijo Sauer, de apreciación cultural.⁴ En tal sentido, el uso de los recursos expresa la valoración y por ende la

conducta de un grupo social en su propio medio natural; así en cada lugar de la tierra, en cada estadio socioeconómico, en los distintos sistemas agrarios, en los diferentes grados de tradicionalismo o modelos de desarrollo, lo que los grupos humanos hacen puede derivarse de la naturaleza pero principalmente de la idea que tengan de ella, de lo que han aprendido o de lo que se les impone. Esta noción implica, como sostenía Sauer, que a cada cambio cultural le corresponde una revaloración de los recursos. En tal sentido Harvey precisa, por su parte, que las “cualidades objetivas y los significados del espacio y el tiempo” se modifican constantemente como resultado de los cambios en las prácticas materiales (un concepto no muy distante al de cultura en el lenguaje de Sauer) generados en el modo de producción revolucionario que fue —y es— el capitalismo.

Sin embargo, creo que no es posible concebir algo así como procesos puramente mecánicos de impulsos culturales o de prácticas materiales de acción y reacción o de exigencias extrarregionales basadas en las apetencias de los grupos culturales o económicos dominantes que ineludiblemente determinen el modo y alcance del uso de los recursos. Las sociedades no son mecanismos relojeros. No veo la manera de soslayar la libertad del hombre a la hora de obrar. Cada uno de los miembros de los grupos humanos en general y en este caso los que usan de una u otra forma los recursos ha debido —en alguna instancia y especialmente en la última— tomar decisiones. Esto habría ocurrido permanentemente, según conjeturamos,

⁴ “Los indios de las praderas o los nuer del África, precisó Harvey por su parte, objetivan cualidades del tiempo y el espacio que están tan separadas entre ellas como lo están de las inherentes al modo de producción capitalista. La objetividad del tiempo y el espacio está dada, en cada caso, por las prácticas materiales de la reproducción social y, si tenemos en cuenta que éstas últimas varían geográfica e históricamente, sabemos que el tiempo social y el espacio social están contruidos de manera diferencial. En suma, cada modo de producción o formación social particular encarará un conjunto de prácticas y conceptos del tiempo y el espacio”. David Harvey, p. 228. Conviene apuntar, sin embargo, que Harvey no presupone, como Sauer, el “devenir” de la naturaleza, esa construcción permanente, abierta, sino que se inclina por reconocer las “múltiples cualidades objetivas que el tiempo y el espacio pueden expresar, y el papel de las prácticas humanas en su construcción”.

a lo largo de los procesos agrarios, agropecuarios o agroindustriales de la región. Todos los agentes sociales y entre ellos los dirigentes y las elites debieron optar en numerosos oportunidades y tales opciones –tales “respuestas”- desempeñan un papel decisivo en la vida de las comunidades.

Pero, es obvio, no son solamente las distintas formas de uso de los recursos las que explican los caracteres de las actividades económicas –especialmente de las agropecuarias y agroindustriales que nos interesan en este caso- y por ende los diferentes comportamientos demográficos sino también sus distintas formas de reparto. Las modalidades del reparto conforman una de las maneras de vinculación más importantes de las sociedades con sus territorios y se asocian con normas, jurisprudencia, políticas, conceptos o hábitos arraigados en las comunidades. Las formas de reparto, de alguna manera, expresan también el sentido que la sociedad le atribuye a la naturaleza, a los recursos. Sin embargo cabe conjeturar que la puesta en práctica de dichas normas o hábitos –o aún de la aplicación de leyes y políticas- tampoco gozan de los beneficios de la automaticidad. De la misma manera que en el caso del uso, en el reparto de los recursos también juega y ha jugado un papel trascendente el conjunto de decisiones colectivas y personales –de respuestas- de los grupos sociales y de sus elites.

De manera algo similar la fuerte incidencia de las decisiones personales y colectivas podría repetirse en la comercialización, los mercados, el transporte y buena parte de los restantes aspectos de las actividades

económicas. Es fácil advertir, en este caso, que las diferentes formas de articulación de estos aspectos, pero especialmente entre uso y reparto de los recursos, pueden ser decisivas en el desarrollo armónico de las economías regionales, especialmente como la del Noroeste, que se encuentra fuertemente estructurada sobre las bases agropecuaria y agroindustrial. Una combinación desafortunada, especialmente entre uso y reparto y en el contexto de ausencia de responsabilidades sociales, suele generar procesos críticos y luego cristalizarse en estructuras agrosociales –y por ende demográficas- desequilibradas.

A riesgo de simplificar excesivamente las aristas más sutiles y complejas de este planteo, puede tomarse el ejemplo de uno de los valles cercanos a la ciudad de Tucumán. En el esquema de la gran propiedad, el fondo plano de dicho valle está ocupado por una ganadería relativamente mestizada con bajo valor agregado mientras que los campesinos, articulados con la gran propiedad, cultivan sus legumbres –en un contexto de débil tecnificación- y desarrollan sus actividades de autoconsumo en los faldeos y laderas pronunciadas para lo cual han debido ser previamente desmontadas. Obviando otros aspectos, resulta fácil ver en este planteo esquemático que la articulación entre reparto (fuertes contrastes en las formas de tenencia y tamaño de las propiedades) y el uso (actividades ganaderas en las superficies planas y agricultura en los faldeos) llegó a construir una estructura y un proceso de derroche de recursos donde podría pesar tanto cierto tradicionalismo como la ausencia de una

“respuesta” de las élites que hiciera presente el sentido social de la riqueza, proceso asociado a su vez con un grupo humano cuyo crecimiento acusa el fuerte éxodo (acelerado por la cercanía de la Capital de Tucumán) generando por lo tanto una estructura de desequilibrio dominada por viejos y niños en un contexto general de baja calidad de vida y persistente pobreza.

14 Muchas veces, es necesario destacarlo, resulta ser la misma naturaleza quien genera los principales obstáculos para alcanzar esa “armonía” necesaria. En el Noroeste argentino sobresalen, en efecto, la amplitud de los espacios que suelen denominarse “muy desfavorables” para las actividades agropecuarias en tanto que las áreas montañosas, las altas y frías mesetas, los desiertos, ocupan una proporción destacada de la superficie regional. En dichos espacios no son ajenos los marcados gradientes térmicos donde es posible registrar amplitudes diarias de más de 40 grados centígrados o máximas absolutas cercanas a los 49 grados y desde 180 días con heladas y precipitaciones menores a los 300 milímetros anuales, hasta regímenes monzónicos con importantes efectos en los procesos morfológicos y en el comportamiento del mundo biológico. Es indiscutible, pues, el papel que estos factores juegan en la definición de los límites de las actividades económicas, especialmente de las agropecuarias. Pero es más aquí de tales extremos donde el rígido papel limitante de la naturaleza se desdibuja para ceder lugar a las distintas articulaciones que señalamos más arriba que han ido construyendo

y reconstruyendo el territorio al ritmo de cada gran cambio de la cultura o de las prácticas materiales.⁵

LA DIVERSIDAD Y LOS DESEQUILIBRIOS REGIONALES

No es difícil, entonces, concebir al espacio del Noroeste argentino como un territorio en el que los paisajes que lo integran –incluidos los urbanos– expresan diferentes procesos y estadios de “destrucción” (o desarticulación)/“reconstrucción” (o articulación). Estos procesos, especialmente los que sucedieron a partir de fines del siglo XIX, dieron lugar a un complejo sistema de estructuras económicas en gran parte apoyados en las actividades agropecuarias, agroforestales y agroindustriales con un correlato urbano –donde se concentran las funciones comerciales, industriales y de servicios– fuertemente desequilibrado.

Una rápida mirada a la ruralia del Noroeste argentino no debería dejar

⁵ Deseo dejar expresado, no obstante lo que he discutido hasta aquí y lo que se señalará más adelante, que no es propósito de este trabajo detectar, cuantificar ni describir los caracteres, las condiciones, menos aún los límites de la “región” Noroeste argentino (o simplemente NOA como se la suele denominar). Ésa es una tarea compleja a emprender en otra oportunidad. Lo que aquí trato de hacer es señalar algunos rasgos dominantes, presentes, de una definición preexistente y de uso generalizado, que a mi juicio carece de otros sentidos que no sean el de pertenecer a un cuadrante de la brújula o de ser de uso común. Rasgo éste último más destacable que el primero.

de señalar que el espacio labrado cubría a fines del siglo XX sólo el 5 por ciento de la superficie total de la región, cifra que contrasta con el 11 por ciento que sustenta el país. Esta baja proporción no puede ser explicada sólo por los condicionantes naturales. Creo, más bien, que el concepto de la “subutilización” de los recursos, sobre la cual abunda la evidencia empírica, nos aproximaría a una conjetura más sólida. No otra cosa es lo que se observa, por otra parte, en el problema del riego; el denominador común del Noroeste argentino, desde el punto de vista natural es la diversidad pero con un gran dominio de los espacios áridos y semiáridos. De los 560.000 kilómetros cuadrados de la región y a pesar de la densa y jerarquizada red de agua superficial, de las importantes fuentes de agua subterránea o de las grandes obras ya ejecutadas, sólo 300.000 ha –según las últimas informaciones censales- estaban bajo riego a fines del siglo XX, de las cuales, además, en una altísima proporción se utilizaba riego por gravedad (por inundación o por surcos).

La menguada proporción de tierras labradas en el Noroeste –sútese, si se quiere, la parte pecuaria- involucra, además, el problema del desequilibrio en la distribución de la propiedad según su tamaño. Las fuentes confirman la tendencia hacia la polarización entre los estratos de dimensiones extremas. La clásica figura de la miríada de explotaciones de menos de 5 ha (tamaño medio: 2,3 ha) que ocupa el 0.3 por ciento de la superficie total de las explotaciones del Noroeste en oposición al 94 por ciento de dicha superficie integrada por las

unidades productivas de mayor tamaño, no puede ser explicada únicamente por las condiciones naturales o por la “pesada herencia”: puede muy bien conjeturarse que las políticas regionales y nacionales, las decisiones personales y colectivas, el sentido social de la riqueza y otros factores semejantes que se acercan más al ejercicio o al juego de las responsabilidades individuales y colectivas, desdibujan la inevitabilidad de los procesos históricos, económicos o naturales.

Esta no tan aparente subutilización de los recursos desequilibradamente distribuidos puede acentuarse o atenuarse, obviamente, según las distintas áreas del contexto regional o el tipo de actividad económica.

Así por ejemplo, la *actividad ganadera* –economía de mayor extensión espacial- satisface hoy en día menos de un cuarto de la demanda regional de carne para consumo. En cuanto a la leche la proporción es menor. Si bien cuenta con algunos núcleos de excelencia en su producción, la ganadería del Noroeste argentino es marginal en el contexto del país pues en ningún momento de los últimos 100 años el total de cabezas (sumadas las especies más importantes) llegó a superar el equivalente al 12 por ciento del stock nacional.⁶ Es marginal también espacialmente. Mientras que en el territorio nacional la ganadería llegó a ocupar espacios privilegiados, en el Noroeste salvo casos puntuales, la segregación se acentuó con el tiempo.

⁶ Esta proporción se registró en 1930. A partir de esa fecha la declinación fue constante hasta alcanzar hoy valores menores al 5 por ciento.

Esta doble marginalidad podría muy bien asociarse con el llamado “tradicionalismo”, ligado en este caso a bajas tasas de inversión e innovación tecnológicas. Los “espasmos” de modernización y los intentos de un mejor aprovechamiento de los recursos fueron aislados y sin coordinación visible por lo menos hasta fines de la década de los '50, época en que fue creado el INTA; aún así, los resultados actuales, medidos en la proporción del mercado regional que satisface, no serían del todo satisfactorios. Además, en oposición a las grandes unidades de producción pecuaria, el sistema ganadero del Noroeste está integrado por numerosas explotaciones domésticas acercándose más, como decía Sarmiento, a un medio de subsistencia que a una “ocupación” de sus habitantes. Es este ingrediente el que explica el tamaño medio (según el número de cabezas) de las explotaciones bovinas del Noroeste: es tres veces más pequeño que en el resto del país y más de cinco veces en el caso de las ovinas.

La asociación entre marginalidad, tradicionalismo (o estancamiento tecnológico) y fuerte desequilibrio en el tamaño de las explotaciones generó un producto cuya calidad, luego de la década del '30, no resistió el embate de la política ganadera de la pampa húmeda que buscó incluir también al interior del país en su área de mercado.

Se trata entonces de un “sistema” cuyo corolario podría asociarse casi con el “derroche” de los recursos naturales, cuantificable por su baja productividad general y su bajo impacto en el comercio regional. Se dimensio-

na también por las deficiencias en el nivel de vida de la población de buena parte de las extensas áreas ganaderas del Noroeste o por la incapacidad de crear fuentes de trabajo a un ritmo que le permita absorber una mayor proporción del crecimiento demográfico.

En orden a la dimensión espacial de la actividad económica regional se pueden incluir los cultivos agroindustriales, especialmente los de caña de azúcar, asociados con la incorporación del capitalismo a partir de fines del siglo XIX. El espacio agrario del Noroeste se enriqueció de esta manera con la ampliación de hasta 500.000 ha de nuevos cultivos que ya en 1960 ocupaban más del 50 por ciento de la superficie agraria regional. Pero, a su vez, ese mundo agroazucarero no resultó homogéneo y eso tuvo alta incidencia en el comportamiento poblacional. Efectivamente, la sociedad regional construyó una compleja estructura azucarera donde coexisten por lo menos dos formas diferentes de organización productiva. En las provincias del Norte (Salta y Jujuy) la territorialización azucarera desembocó en el ingenio plantación mientras que en Tucumán el paisaje azucarero se organizó sobre la base de un “trípode” funcional (las fábricas, los proveedores de materia prima y los obreros). Pero estas dos formas básicas de actividad agroazucarera, sobre las que volveremos más adelante, como la de otros cultivos industriales (el tabaco, por ejemplo), conjuntamente con el complejo agroforestal santiagueño, construyeron uno de los territorios nucleares del Noroeste, de gran efecto multiplicador, donde se

concentró la más alta densidad de habitantes, carreteras, ferrocarriles, industrias, se desarrolló la más rica y compleja red de centros urbanos y donde se pueden localizar los departamentos en los cuales los niveles de vida de la población logran de alguna manera destacarse –aunque mezquinamente y con excepciones- de los del resto regional.

Luego de 1960 se añadió a estos avances el que se diera principalmente en el borde oriental de la selva subtropical como resultado de una nueva demanda en alguna medida nacional pero principalmente internacional: con ello el espacio cultivado regional saltó de menos de 900.000 ha en ese año a más de un millón y medio en los '90, lo que significó un crecimiento superior al 75 por ciento. Así, los cultivos anuales pasaron a ocupar el 63 por ciento de la superficie agraria regional.

El área nuclear de expansión de estos cultivos, donde la soja desempeñó un papel importante, fue el occidente chaqueño especialmente en las provincias de Salta, Santiago del Estero y Tucumán;⁷ el principal actor social de este avance fue el empresario que elaboró, en virtud del complejo juego de ofertas y demandas en el marco de una precisa política agraria

⁷ El crecimiento de la superficie cultivada con soja en todo el Noroeste fue muy importante; pero, al parecer, el mayor crecimiento se habría dado en la provincia de Santiago del Estero. Las informaciones más recientes señalan que las 700.000 ha de esa provincia significan el 56 por ciento del total regional. En los últimos años se sumó a este grupo la provincia de Catamarca.

nacional y de un desarrollo tecnológico muy importante, lo que de alguna manera podría denominarse un “sistema de enclave” que caracteriza este tipo de explotación agraria.⁸ En efecto, mientras el desarrollo de los cultivos industriales derivó, como vimos, en una territorialización compleja de alta repercusión social, los procesos más modernos ampliaron –y diversificaron- los términos “superficiales” del territorio agrario pero sin que ello significara, según lo señala la tesis de Madariaga, alteraciones sustanciales en los caracteres básicos y en la calidad de vida de la agrosociedad que esos nuevos territorios involucran. Desde esta perspectiva comparada es que este nuevo avance reúne algunos rasgos de lo que se denominara también “quistes” agrarios con débiles implicancias sociales que fueran más allá de la transformación de un territorio estructurado sobre la base de la agricultura de autoconsumo, la explotación forestal y la ganadería extensiva en otro donde dominan las amplias explotaciones trabajadas a partir de la aplicación de paquetes tecnológicos de avanzada.

Este avance se combinó en los últimos lustros con el que partiera del centro chaqueño y expandiera en el oriente santiagueño varias decenas de miles de ha de cultivos de algodón sobre la base de grandes unidades de explotación y de nuevas variedades de plantas que pueden desarrollarse

⁸ Marta Madariaga. “Transformaciones de las estructuras agrarias en el borde occidental del Gran Chaco Argentino”. Tesis doctoral. 1998. Inédita

con bajos niveles de humedad.⁹ Con ello las desmotadoras alcanzaron localidades como Quimilí, en el centro de Santiago, que hasta hace pocos años vivía casi con exclusividad de la explotación forestal o de la ganadería extensiva complementada con la agricultura de autoconsumo.

Además de estos grandes conjuntos espaciales de actividades agropecuarias, agroforestales y agroindustriales, el territorio del Noroeste alberga un complejo conjunto de paisajes de regadío donde se repite la alternancia “tradicionalismo-modernismo” y las distintas formas de reparto tanto de la tierra como del agua. En los últimos lustros, hubo una gran expansión territorial de los sistemas más modernos de utilización del riego.

Más allá de estas actividades, en el Noroeste se han hecho presentes otras como por ejemplo la explotación petrolera, de alta incidencia en la definición de los problemas sociales del oriente salteño.

LA POBLACIÓN

El territorio regional, entendido como resultado de la interacción entre naturaleza y sociedad a lo largo del tiempo, es en gran medida complejo y heterogéneo no sólo por los profundos contrastes de su ámbito natural, sino principalmente por la coexistencia de diferentes procesos y persisten-

⁹ Tasso indica que fue luego de los años '60 que se recuperó la tradición algodonera. En 1937 se habían cultivado en la provincia más de 23.000 ha pero ya en 1947 no superaban las 4.000 (Tasso, 2001, p.143)

cias económico-culturales, como hemos tratado de esbozar arriba. En estrecha asociación, ese territorio alberga un conjunto humano marcadamente heterogéneo en sus atributos demográficos pero también muy segmentado donde es posible identificar toda la gama de circunstancias que existe entre la alienación de los *countries* y la exclusión de las *villas miseria*. Sin embargo, uno de los rasgos dominantes sugiere una población con marcadas carencias sociales.

En efecto, según señala el censo de 1991, el 32 por ciento de la población, es decir, casi 1.200.000 habitantes, eran pobres “estructurales” o población con necesidades básicas insatisfechas.

Este promedio, sin embargo, encubría disparidades muy acentuadas, especialmente si consideramos el lugar de residencia. En tal sentido la pobreza del Noroeste es rural; de ese conjunto se destacaba por ejemplo la situación de los departamentos orientales de Salta ya sea por la elevada concentración numérica de personas con NBI (unas 140.000 personas) o por su más alta proporción con respecto al total. El departamento Rivadavia, por ejemplo, tenía el 81.9 por ciento de personas en esas condiciones de pobreza estructural.

Sin embargo, la condición urbana no exime a sus habitantes de la miseria. La mayor concentración regional de personas con NBI del Noroeste vive en las seis capitales provinciales; si a ese total le sumamos el de la población carenciada de los departamentos que integran la conurbación de esas capitales, el total se aproximaba al

medio millón de habitantes con NBI en 1991.

En tanto que los indicadores que se han utilizado para calcular el índice de NBI responden, en general, a un equipamiento que, sin dejar de lado totalmente las condiciones económicas, podríamos calificarlo como “social” (escuelas, enseñanza, servicios de cloacas, etc.) podría conjeturarse que en buena medida uno de los factores que podría explicar la carencia creciente hacia la “periferia” regional sería la ausencia de una planificación territorial que compense ya sea la falta de inversiones en términos de relaciones aporte/inversión, ya sea lo “espontáneo” (lo no previsto o lo políticamente no redituable) de los procesos de territorialización, o la incapacidad de la clase dirigente de elaborar una visión territorial de conjunto.

Por último habría que recordar que el crecimiento medio anual de la población de las ciudades regionales avanzó a un ritmo más alto que el de la población rural y de la población total; así, la población rural –con su alto crecimiento natural– conforma la principal fuente de aprovisionamiento de la población urbana. Habría que, en tal caso, añadir a los complejos factores económicos que motorizan esta transferencia, la necesidad que la población tiene de acortar las distancias a los servicios que la periferia no dispone. Dicho de otro modo, entre la pobreza urbana y la rural existe un *continuum* alimentado por excluidos rurales que buscan –la mayoría de las veces en vano– mejorar su calidad de vida convirtiéndose en excluidos urbanos.

El total de habitantes

Durante el siglo XX (1895-2001) la población del Noroeste creció un poco más de seis veces.

A su vez, las líneas generales del crecimiento resultan de las diferentes modalidades de evolución de los totales provinciales. Dichos totales, por su parte, tuvieron un constante aumento en sus valores absolutos salvo dos excepciones: la de Santiago del Estero entre 1947 y 1960 y la de Tucumán entre 1960 y 1970. Entre los extremos del siglo, sin embargo, cabe reconocer que las provincias de Jujuy y Salta han tenido el aumento más elevado del conjunto, pues sus poblaciones se multiplicaron por algo más de 12 en la primera y de 9 en la segunda. Circunstancia opuesta se observa en las provincias de Santiago del Estero, La Rioja y Catamarca, donde el multiplicador se sitúa en torno a 4. Entre ambos extremos la población de Tucumán creció 6.2 veces, lo mismo que el total regional.

Esta heterogeneidad se agudiza si el nivel de análisis se circunscribe a los departamentos.

De acuerdo con estudios previos, hasta el período intercensal 1970-1980 el área que tuvo *un ritmo de crecimiento menor al promedio regional* involucró la proporción más alta de la población total y la mayor parte de su territorio. La culminación de este proceso se dio en el período 1960-1970, cuando dicha área se extendió hasta cubrir las 4/5 partes de la superficie, donde habitaba casi el 80 por ciento de su población.

Tabla N° 1: Crecimiento del total de la población del Noroeste argentino

	Jujuy	Salta	Tucumán	Sgo. del Estero	Catamarca	La Rioja	Total
1895	49.713	118.015	215.742	161.502	90.161	69.502	704.615
1914	77.511	142.156	332.933	261.678	100.769	79.754	994.801
1947	166.700	290826	593.371	479.473	147.213	110.746	1.788.329
1960	241.462	412.854	773.972	476.503	168.231	128.220	2.201.242
1970	302.436	509.803	765.962	495.419	172.323	136.237	2.381.180
1980	410.008	662.870	972.655	594.920	207.717	164.217	3.012.387
1991	512.329	866.153	1.142.105	671.988	264.234	220.729	3.677.538
2001	609.048	1.066.291	1.331.923	795.661	330.996	287.924	4.420.843

Fuente: Censos Nacionales de Población

Por otra parte, el área integrada por departamentos que tuvieron un ritmo superior al del crecimiento regional fue superficialmente mucho más reducida que la anterior e involucró por lo menos hasta el intercenso 1960-1970 una proporción menor de la población.

20

Pero a partir del período 1970-1980, y especialmente desde 1980-1991, el proceso se invirtió ayudado principalmente por la aceleración del proceso de urbanización de las capitales regionales que comienzan a desempeñar el papel que hasta hacía poco era casi privativo del Gran Buenos Aires. El éxodo rural alimenta ahora el proceso de “metropolitanización” regional; más arriba hemos indicado que, en consonancia, medio millón de personas que viven en esas capitales tienen las necesidades básicas insatisfechas.

El proceso de ampliación o reducción de las áreas de menor crecimiento poblacional del Noroeste argentino, como así también las persistencias o las presencias esporádicas de las áreas de mayor crecimiento pueden encontrar su explicación en distintos factores. Pero quizá sea posible identificar una marcada asociación con los procesos descritos en apartados anteriores, vinculados con la introducción del capitalismo desde fines del siglo XIX, la diferenciación en áreas con mayor o menor grado de tradicionalismo, los avances de fines del siglo XX asociados a economías “extractivas”, etc., que, en su conjunto, no han logrado organizar una estructura productiva que haya sido capaz de generar resultados menos rotundamente mezquinos que los que se han descrito.

Tabla N° 2. Evolución de la densidad nacional y regional (1895-2001). En habitantes por kilómetro cuadrado

	1895	1914	1947	1960	1970	1980	1991	2001
Argentina	1.4	2.8	5.7	7.2	8.6	10.1	11.1	13.0
NOA	1.3	1.8	3.0	3.9	4.3	4.6	6.6	7.9
Tucumán	8.0	12.3	22.0	34.6	34.3	37.3	51.2	59.1
Salta	0.8	0.9	1.9	2.7	3.3	3.6	5.6	6.9
S. Estero	1.1	1.8	3.3	3.5	3.6	3.7	4.9	5.8
Jujuy	0.8	1.3	2.8	4.5	5.7	6.4	9.6	11.4
Catamarca	0.8	0.8	1.2	1.6	1.7	1.8	2.7	3.2
La Rioja	0.8	0.9	1.2	1.4	1.5	1.5	2.4	3.2

Fuente: Censos Nacionales de Población

LA DISTRIBUCIÓN ESPACIAL

Los caracteres sobresalientes del proceso de crecimiento de la población y de sus diferentes ritmos nos permiten comprender algunos de los rasgos y problemas de la distribución de sus habitantes. En primer lugar, no debería por ello extrañar que los 7,9 habitantes por kilómetro cuadrado de la región estén caracterizando más bien un vacío demográfico, que resulta evidente si se lo compara con los 13 habitantes por kilómetro cuadrado de la Argentina,¹⁰ otro gran vacío en el contexto internacional.

En 1869 el Noroeste argentino duplicaba la densidad nacional y todavía en 1895, cuando comienza nuestra serie, los valores eran seme-

jantes. Pero a partir de 1914 la situación se invirtió y las diferencias se incrementaron notablemente a favor del país, alcanzando su máxima separación en 1980 (la densidad nacional era 2.2 veces superior a la regional) para descender luego probablemente por efectos de la desaceleración de la metropolitanización nacional.

En lo que respecta al nivel provincial sólo Tucumán evadió los rasgos del vacío. Ninguna de las otras alcanzó los 12 habitantes por kilómetro cuadrado. Jujuy es la que sobresale en ese grupo pero el panorama de las restantes es mucho más pobre. La provincia de Salta no alcanza los 7 habitantes, Santiago bordea los 6 y Catamarca y La Rioja apenas superan

¹⁰ Según datos del Censo Nacional de Población de 2001. INDEC, 2002.

los 3 habitantes por kilómetro cuadrado.¹¹

Si trasladamos el campo de análisis al orden departamental,¹² los caracteres del “vacío” demográfico adquieren mayor precisión. En efecto, allí puede observarse que más del 70 por ciento de la superficie regional no supera la densidad de 4 habitantes por kilómetro cuadrado; al mismo tiempo, debe destacarse que casi el 90 por ciento de ese espacio de baja densidad está a su vez dominado por densidades no mayores a los 2.7 habitantes por kilómetro cuadrado.

Se destaca en estos grandes vacíos una franja –de orientación meridiana– de densidad más elevada que abarca desde el noreste del territorio riojano hasta el norte de Salta y Jujuy y con una derivación que a partir del centro de la provincia de Tucumán se orienta de alguna manera por la diagonal fluvial santiagueña. Los valores de la densidad superan los 4 habitantes por kilómetro cuadrado y alcanzan hasta los 18, cubriendo algo menos del 30 por ciento de la superficie regional; la franja así definida incluye algunos núcleos de densidad más alta: el más extenso involucra el área agroindustrial tucumana y el área de riego de San-

tiago; además, se destaca el que corresponde al Ramal salto-jujeño y los pequeños núcleos de Catamarca. Los valores más altos, desde luego, corresponden a las capitales provinciales y a sus departamentos aledaños.

LOS FACTORES DEL CRECIMIENTO

La evolución del total de la población del Noroeste argentino está vinculada con el crecimiento natural como se señaló más arriba y con los movimientos migratorios, que en su accionar conjunto intentan alcanzar el perfil de equilibrio que requiere la compleja relación entre sociedad y recursos.

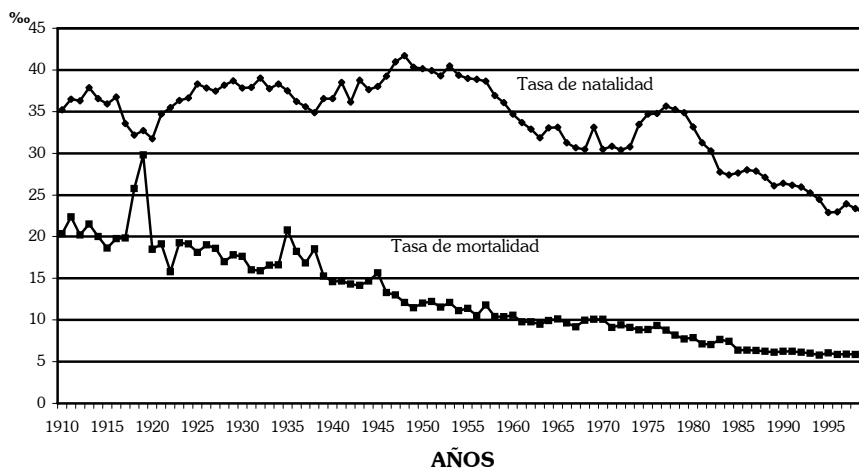
En tal sentido, su análisis se apoya en la interpretación del papel que tuvieron los saldos tanto naturales como migratorios. A su vez, el proceso de los saldos naturales –en el plazo que cubre este trabajo– se inscribe en lo que se denomina “transición demográfica”, que designa el paso de un régimen tradicional de equilibrio con fecundidad y mortalidad elevadas, a un régimen moderno de equilibrio con fecundidad y mortalidad bajas. Al decir que la transición resulta de los cambios de la fecundidad y de la mortalidad, necesariamente nos enfrentamos con los problemas de la evolución de la estructura familiar y del papel de la mujer, como así también con los referidos a los cambios en las condiciones de la salud y de la transición epidemiológica.

Estos cambios, que definen la circunstancia más amplia de la transición, ponen de manifiesto la importancia de los procesos económicos y

¹¹ Ya en 1869 la densidad tucumana era 10 veces superior a la nacional y ello se vincula, se ha conjeturado, entre otros aspectos, a los caracteres del proceso de reparto de la tierra. No obstante, en 2001 esa diferencia se había reducido a 4 veces.

¹² Se brinda esta información a partir de los datos censales de 1991. Durante el momento de la redacción de este trabajo no se había dado a conocer esa información del censo de 2001.

Gráfico N° 1: La transición demográfica en el noroeste argentino



Fuente: Ver apéndice documental

sociales; destacan, además, el lugar que en este análisis cabe a la heterogeneidad cultural que caracteriza al Noroeste argentino.

1. La persistencia de la fecundidad elevada.

El comportamiento de la fecundidad regional durante el siglo XX señala que obedece a un contexto sociocultural y económico que poco tiene que ver con el que caracterizó a la Argentina, fuertemente influenciada por el peso de la región pampeana.

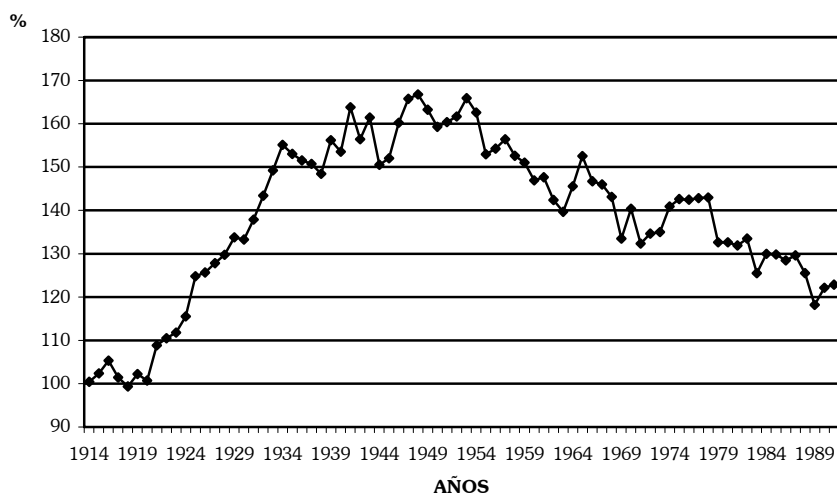
Además, la natalidad ha desempeñado durante el siglo XX un papel de gran trascendencia en el Noroeste. Entre 1914 y 1991 la población total creció en el orden de 2.7 millones de habitantes y en gran medida lo hizo gracias al elevado crecimiento natural. Entre esos dos extremos, en efecto, la pérdida real por emigración superó los 900.000 habitantes y no hubo

ningún período intercensal con saldos positivos.

Según puede observarse en el gráfico 1, desde 1910 y hasta 1999 sobresalen dos grandes períodos: uno de crecimiento que se desarrolla, con interrupciones, entre principios y mediados de siglo y otro de descenso que se extiende, también con interrupciones, entre 1948 y finales del siglo XX. En los años del punto de partida de este proceso las tasas de natalidad ocupaban habitualmente el rango de 35 a 40 por mil y en el lustro final valores próximos al 25 por mil. En su culminación, en 1948, superó el 41 por mil.

En el tramo de descenso (a partir de 1953) se observan las interrupciones de mediados de la década de 1960, de escaso vigor y, la más destacada, de la segunda mitad de los '70 explicada por el paso de las mujeres en edad de procrear cuyo número se

Gráfico N° 2: Sobrenatalidad del noroeste argentino (Argentina=100)



Fuente: Ver apéndice documental

24

incrementara notablemente dos décadas atrás.

El recorrido general de la curva de la natalidad del Noroeste difiere notablemente del de Argentina según todos los indicadores. Puede reconocerse una separación máxima –según el gráfico de la sobrenatalidad (gráfico 2)- en torno a 1948, cuando la natalidad del Noroeste es 1,7 vez mayor que la de Argentina. Al mismo tiempo, las tasas de fecundidad general del Noroeste y de Argentina tuvieron su mayor separación en los censos de 1947 y 1960.¹³ En los años previos y en los posteriores a estas fechas de mayores distancias, los valores fueron algo semejantes pero por razones diferentes. Hacia fines del siglo XIX, por ejemplo, cuando la fecundidad era

muy elevada los desniveles regionales de Argentina eran, efectivamente, bastante reducidos. Aún después de la crisis regional de la natalidad que concluyó en 1925, las diferencias –a favor del Noroeste- no superaban el 5 por mil. Hacia fines del siglo XX, luego de 1953, las diferencias, como dije, tendieron a acortarse.¹⁴ Se ha conjeturado que esta marcha divergente hasta 1953 podría ser consecuencia de los movimientos migratorios internacionales –principalmente dirigidos hacia la pampa húmeda- de fines del siglo XIX y comienzos del XX. La Argentina criolla de comienzos del proceso era más homogénea en diferentes aspectos y por ello las tasas de fecundidad y de natalidad no diferían notablemente. Se ha sugerido que el

¹³ Corresponden a 99.9 y 175.2 en 1947 y a 92.5 y 155.6 en 1960, respectivamente.

¹⁴ En torno a 1990 la diferencia a favor del Noroeste era nuevamente del orden del 5 por mil.

comportamiento de la fecundidad en Argentina –su descenso lento desde fines del XIX y más acelerado desde las primeras décadas del XX- fue excepcional en el contexto latinoamericano. Entre otras razones, se debería al fuerte impacto de la inmigración europea que modificó tempranamente los patrones familiares del país (Pantelides, 1992). Pero ese “país” evidentemente no involucró al Noroeste argentino donde los valores de la natalidad se incrementaron en lugar de descender por lo menos hasta principios de los '50. Y aún con el descenso la fecundidad general de la Argentina en 1991 era 88.4 y del Noroeste 112.5.

Al respecto, se ha señalado la existencia de un amplio espectro de situaciones que cubre y explica desde los niveles más bajos de fecundidad del país de las áreas urbanas con alta proporción de población de origen extranjero (especialmente europeo) y alto nivel de alfabetización de la región pampeana, hasta los valores más altos de fecundidad de las áreas rurales con fuerte proporción de población nativa y analfabeta de las regiones marginales del país, como por ejemplo el Noroeste argentino (Rothman, 1973; Pantelides, 1983 y 1992).

Pero más allá de este espectro de fecundidad creciente, creo que sería también correcto conjeturar que en la Argentina hubo una transición de la fecundidad “a la europea” (probablemente “a la mediterránea”) en la pampa húmeda y otra diferente, “latinoamericana”, en el Noroeste. En este caso no habría un “gradiente”. Si se toma por ejemplo el año (1982) en que la tasa bruta de natalidad del No-

roeste, desciende por debajo del 30 por mil, valor cuya importancia destacó Lesthaege (1977), la diferencia con la Argentina (1927) es de 55 años, esto es, dos generaciones. Es casi la diferencia que Livi Bacci (1993) destaca entre las transiciones europea y latinoamericana.

Sería razonable, entonces, discutir el proceso de la transición de la natalidad del Noroeste en el contexto del “sistema” demográfico latinoamericano. Se dijo, al respecto, que América latina tenía el más alto crecimiento poblacional del mundo por lo menos entre la década de 1950 y principios de 1960; esta elevada fecundidad comenzó a descender desde mediados de los '60, a tal punto que Chakiel y Schkolnik (1992) proponen el quinquenio 1965/70 como el de comienzo de la transición de la fecundidad en América latina. En ese contexto, los 3.34 hijos por mujer del Noroeste argentino en 1991 son semejantes a los de México o Costa Rica que los citados autores sitúan como de transición avanzada de la fecundidad.

Se ha señalado también que las razones y tal vez los mecanismos del descenso de la fecundidad de América latina no fueron similares en su totalidad a las de Europa, donde se reconocieron tres precondiciones: la anterioridad del retroceso de la mortalidad, la limitación de los matrimonios (y luego de los nacimientos) y la entrada en el crecimiento económico moderno. En América latina se cumplió la primera pero se ha puesto en evidencia la escasa importancia de las variaciones de la nupcialidad latinoamericana en los cambios de la fe-

cundidad, probablemente por el alto nivel de uniones consensuales. Pero es la persistencia de los altos valores de la natalidad –y aún períodos de crecimiento- mucho más allá del descenso de la mortalidad, lo que hace más discutible y difusa la importancia de la precondition del crecimiento económico. En América latina, y en el Noroeste argentino también, hay numerosas evidencias del crecimiento económico pero también se ha destacado que la caída de la fecundidad – una vez iniciada- no se vio alterada por las profundas crisis económicas regionales. Se puso así en evidencia una asociación muy compleja entre el desarrollo económico y el comportamiento y pautas culturales. Es por ello que se ha prestado cada vez más atención a la idea de la difusión, que supone que puede no ser necesaria una entrada completa en el crecimiento económico para provocar el descenso de la natalidad. El peso de los cambios culturales, no excluye los determinantes económicos; sin embargo, hasta ahora no se ha detectado con claridad, como dije, su forma de articulación, al tiempo que la dicotomía, como dice Palloni, se desintegra en la medida que las teorías (y sus modelos) económicas han ido incorporando factores sociales y culturales.

La segmentación social y los procesos económico-culturales que definen la región explicarían, a su vez, algunas diferencias de los procesos de la fecundidad que se perciben en su interior.

Así por ejemplo, ateniéndonos al año en que la tasa bruta de natalidad desciende por debajo del crítico nivel del 30 por mil, encontramos que el

Departamento Capital de la provincia de Tucumán, que reúne la mitad de la población provincial, lo hace en 1960 (22 años antes que la región); encontramos también que la tasa de esa provincia desciende por debajo del 30 por mil en 1965 y que su área cañera lo hace en 1983. Estas diferencias temporales son importantes. Nos indicarían que la transición “latinoamericana” del Noroeste no habría sido un proceso homogéneo. Puede reconocerse, en tal caso, una transición central, más temprana y una “periférica”, como reconoce Zavala de Cosío (1992) para varios países latinoamericanos.

2. *El comportamiento de la mortalidad. La ingeniería social y el territorio*

El proceso de la mortalidad acusa también, como el de la fecundidad, la acción de los factores culturales. Específicamente, han sido muy eficaces en el proceso de reducción de los índices los programas y políticas sanitarias, el desarrollo económico, la educación, etc. y esto ha sido mucho más impactante en los años iniciales del descenso de la mortalidad.

El análisis de las variaciones de los valores de la mortalidad a lo largo del siglo XX está entonces vinculado con los actores y con los rasgos de lo que podría denominarse *ingeniería social*, relacionada con la lucha contra la muerte, pero también con aquellos que han tenido las mayores responsabilidades en la construcción (o reconstrucción) de los paisajes económicos que conforman la región.

El concepto de *ingeniería social* tiene mucho en común con el que oportunamente utilizara Karl Popper.

En este caso específico se trataría de una malla de contención –al mismo tiempo una estructura en permanente cambio- construida a lo largo del tiempo por diversos autores, en distintas circunstancias, resultado de políticas y programas mancomunados unos, inconexos otros, aplicados con persistencia u olvidados pronto. Puede concebirse también como un conjunto heterogéneo –ya sea en combinación o en mezcla- de intervenciones internacionales, nacionales o locales – estatales o privadas- con distinto grado de eficiencia que fueron buscando solucionar los problemas de la realidad social, en este caso de la mortalidad.¹⁵

A su vez, el conjunto de quienes han tenido las mayores responsabilidades en las tareas de construcción y reconstrucción es también sumamente heterogéneo y cambiante en el tiempo; está integrado por actores locales, nacionales o internacionales todos ellos involucrados en un también cambiante proceso capitalista (o no capitalista). Está claro que toda la sociedad participa activamente en estas tareas; sin embargo, a la hora de comprender los caracteres de la mar-

cha de la mortalidad a lo largo del tiempo, interesa sobremanera la clase dirigente. Las elites económicas, gremiales, políticas, agroindustriales, etcétera, son las que estarían mejor ubicadas para dar respuesta, por un lado, a las cambiantes necesidades de las construcciones de los diferentes paisajes o estructuras económicas y por otro a las necesidades y a los problemas sociales. Hay, pues, una elaboración de las estructuras territoriales –sobre lo que hay mucho escrito- pero de lo cual interesa principalmente lo señalado más arriba, esto es, la generación –o no- de procesos críticos que suelen cristalizarse en estructuras sociales y por ende demográficas también críticas o desequilibradas.

No se conoce bien cómo se produce la articulación entre ambas construcciones y es muy probable que la respuesta varíe de región en región. Pero se ha insistido sobre la insuficiencia de la ingeniería social si no hay un desarrollo adecuado de las estructuras económico-territoriales; los procesos socialmente críticos, como por ejemplo la marcada segmentación social del Noroeste y la creciente distancia entre los segmentos extremos, invalidan muchas veces la excelencia de políticas y programas sanitarios, generando y explicando involuciones importantes como la que se dio por ejemplo entre 1967 y 1976.

La investigación sobre el proceso de construcción de la ingeniería social está en sus inicios en el Noroeste argentino y hay un notable desequilibrio en cuanto al cúmulo de conocimientos según las diferentes provincias. Lo mismo sucede en lo que respecta a los procesos de territorializa-

¹⁵ Los pilares visibles de esta ingeniería involucrarían la historia del equipamiento y de las políticas de salud (de la cual no sería ajeno el progreso de la medicina), el proceso del equipamiento y de los servicios públicos, la historia social (especialmente de la legislación laboral, de los programas sociales –vivienda, por ejemplo-, del salario, del gremialismo, del sistema de jubilaciones, etc.) o el proceso de la educación. En fin, el grado de compromiso –y de eficiencia- de las élites.

ción, sobre todo de aquellos que han desembocado en estructuras agrosociales muy desequilibradas. A esto debemos añadir las serias deficiencias de la información estadística. La tarea de corrección de los datos vitales no abarcó series muy extensas en el tiempo –ni amplias en el espacio– de manera que es ineludible la posibilidad de cometer más errores que lo habitual en la descripción e interpretación de los hechos. Las deficiencias, por otra parte, en la información sobre causas de muerte (tomadas de los certificados de defunción) especialmente en las etapas anteriores a 1950, excluyen –quizá para siempre– las posibilidades de conocer en detalle numerosos aspectos de la transición epidemiológica. De allí que por el momento este ensayo de interpretación resulte más, en diversos aspectos, de la luz que arroja el campo conceptual sobre los hechos (escasos y de calidad deficiente) que del necesario equilibrio que permita un fecundo recorrido en ambas direcciones.

Más arriba señalé algunos de los rasgos sobresalientes que ponen de manifiesto los procesos de construcción de los territorios del Noroeste, especialmente la doble marginalidad de la actividad ganadera, el impacto que tienen el complejo agroforestal y las agroindustrias y –en ese marco– la subutilización de los recursos con acentuado desequilibrio en su distribución. A pesar de la más reciente y fuerte expansión de cultivos de las zonas áridas o de otros como la soja, los cítricos o el algodón, los complejos agroforestal y agroazucareros persisten como los más destacados de la región. Ninguna otra actividad logró

transformar el territorio como lo hicieran la agroforestación y la agroindustria: las grandes extensiones que en los últimos lustros se implantaron con soja, cítricos, algodón, han tenido una pálida repercusión social.

Como se adelantó, el ingenio plantación del Norte (provincias de Salta y Jujuy) y el “trípode” tucumano conformaron las dos áreas agroindustriales azucareras diferenciadas desde sus orígenes.

Esas asimetrías tuvieron, obviamente, sus consecuencias. El complejo tucumano –de mayor socialización– fue sistemáticamente más frágil frente a obstáculos y problemas ya sea de orden natural, de mercados, o de otra índole. En contraposición, la ingeniería social encontró allí (por sus rasgos más abiertos) un campo más fecundo para mitigar los efectos de las crisis. Aquella fragilidad explica, por ejemplo, la diferencia en los impactos que la crisis de mediados de 1960 ocasionó en ambos casos: mientras que en Tucumán se cerraron 7 ingenios, quedaron excluidos 7.000 cañeros, se redujo en 50.000 ha el área sembrada de caña y 150.000 personas emigraron por problemas de desempleo, en el Norte la superficie cultivada y la producción aumentaron considerablemente. Sin embargo, la crisis de mortalidad de esos años resultó principalmente de la regresión y del incremento de los valores de las áreas cañeras del Norte.¹⁶

La construcción del territorio santiagueño también tuvo su fuerte influencia en los procesos demográficos. La parte más activa de dicha cons-

¹⁶ Cfr. Bolsi y D'Arterio, 2001, *passim*.

trucción fue denominada “complejo agroforestal” por Tasso. Esta provincia no había permanecido al margen de las transformaciones producidas durante las últimas décadas del siglo XIX. Sobre la base del cambio de las mentalidades de la *elite*, de la fundamental presencia del ferrocarril, de las grandes extensiones de tierra en gran medida fiscales, del riego, y de una abundante mano de obra (en este caso, un fuerte campesinado) se fue organizando aquel complejo que lentamente se superpuso –en algunos casos desplazó– a la estructura tradicional que ante ese avance entró en crisis pero no desapareció. La explotación forestal, que hacia 1960 había perdido buena parte de su atractivo, y la actividad agrícola (que hasta 1902 había involucrado también a la agroindustria azucarera) se imbricaron fuertemente y generaron un crecimiento moderno que Tasso llamara “inconcluso”. Especialmente la explotación forestal adquirió el carácter de enclave “que concluyó financiando el mantenimiento de los lazos patronales” antes que a su expansión económica; la modernización económica y social encontró allí un obstáculo, que acentuó la marginalidad de la provincia, generando, entre otros procesos demográficos, fuertes corrientes emigratorias (Tasso, 2001, *passim*).

2.1 El modelo del Noroeste

Habitualmente, el descenso de la mortalidad quiebra el equilibrio tradicional (denominado a veces pretransicional) por que la natalidad persiste todavía un tiempo en niveles elevados para luego comenzar a descender en

la búsqueda del equilibrio moderno. Así es que entre ambos equilibrios, media un período de extensión variable en el cual el crecimiento natural aumenta, a veces de manera considerable. Es precisamente en estos períodos en los que se producen circunstancias críticas pues las relaciones entre población y recursos suelen alterarse sustancialmente. En el Noroeste, lo hemos visto, la natalidad no sólo se mantuvo en niveles altos sino que a partir de cierto momento aumentó (precisamente después que comenzara a caer la mortalidad), por lo menos hasta 1953; se planteó así un motivo adicional, no muy común, al problema de las citadas relaciones entre población y recursos. Aún hoy, debido a esa persistencia de los valores tradicionales de la fecundidad, no se alcanzó el moderno equilibrio posttransicional.

El modelo del descenso de la mortalidad en el Noroeste argentino, a pesar de lo apuntado, se asemeja en varios aspectos al de América latina que comenzara a descender muy lentamente desde fines del siglo XIX y algo más aceleradamente en la década de 1930. A partir de 1940 la caída en América latina se acentuó en asociación con la puesta en práctica de muy eficientes campañas sanitarias (Somoza, 1973). Existe, sin embargo, una diferencia importante: el componente de mayor peso en la caída de la mortalidad de América latina fue el descenso de la mortalidad infantil (CELADE, 1996); en el Noroeste, por el contrario, la importancia de la proporción de defunciones de 0-1 año se mantuvo con escasas variaciones por lo menos

Tabla N°3: Esperanza de vida de la R. Argentina y del Noroeste argentino

	R. Argentina	Noroeste argentino
1914	48.50	37.94
1947	61.08	51.08
1960	66.37	57.66
1980	67.70	65.66
1990/92	71.93	69.85

Fuentes: Somoza, 1973; Somoza y Müller, 1988; INDEC, 1997

30

hasta mediados de la década de 1950, como sucedió en Argentina.

Más allá de esta circunstancia, la caída de la mortalidad del Noroeste poco se asemeja a la del país. En efecto, el proceso de cambio de la mortalidad nacional, lo mismo que la natalidad, se adelantó a buena parte de los países latinoamericanos, que registraban valores muy elevados a principios de siglo y se mantuvieron casi sin variaciones por lo menos hasta 1930. Pantelides (1983) indicó que la mortalidad argentina comenzó a descender a partir del quinquenio 1870-1875. A comienzos de siglo XX hubo una aceleración de la caída, asociada con el desarrollo general producido en el país a fines del siglo XIX y comienzo del XX, antes que con un control de las enfermedades infecciosas y parasitarias como sucedió en el resto de Latinoamérica. El descenso de la mortalidad debido a esas causas no fue mayor que la baja general: por lo menos hasta 1930 su proporción sobre el total se mantuvo constante (Somoza, 1973; Pantelides, 1983).

Las diferencias de la esperanza de vida entre el Noroeste y la Argentina fueron especialmente pronunciadas durante la primera mitad del siglo XX:

A principios de siglo la diferencia era de 10 años y luego de una suave

reducción en 1960, se acortó efectivamente recién hacia 1980 (algo más de dos años) aunque la distancia se mantenía todavía a comienzos de la década de 1990.¹⁷

Sin embargo, el gráfico 1 demuestra que la caída más importante de la mortalidad del noroeste se había producido antes de mediados del siglo. Según puede observarse allí, aún cuando la mala calidad de los datos nos obligue a ser muy cautos (especialmente para el período que media entre 1910 y 1950), sería posible identificar, provisoriamente, los siguientes momentos principales del proceso de la mortalidad del Noroeste argentino:

2.1.1. La sociedad vulnerable. El comienzo de la transición (1910-1935). Podría denominarse también *período pretransicional*. La tasa bruta de mortalidad habría tenido una leve tendencia decreciente (con notable

¹⁷ Podría agregarse que la esperanza de vida al nacer del Noroeste en 1960 era similar a la de Cuyo en 1947 y algo superior a la de Buenos Aires en 1914. La diferencia entre la esperanza de vida de Cuyo y Buenos Aires se redujo tres veces entre 1914 y 1960. La que existía entre el Noroeste y Buenos Aires se redujo sólo 1.2 vez (Somoza, 1973).

excepción de los efectos de la pandemia de influenza, en 1919) y, en caso que la curva expresase alguna relación con la realidad, el proceso tendría alguna semejanza con el latinoamericano. Durante estos años, como resulta obvio, la mortalidad ejercía un marcado dominio en las poblaciones del Noroeste argentino, donde se destacaba una alta participación de la población infantil en la estructura de defunciones por edad. Al mismo tiempo, se sabe que más del 60 por ciento de las muertes (con causas bien definidas) se originaban en la diarrea, la influenza, las neumopatías y la tuberculosis, esto es, el perfil típico de la fase inicial de la transición epidemiológica.¹⁸

La vulnerabilidad puede ser atribuida a las deficiencias de la ingeniería social que, en realidad, recién comenzaba a estructurarse a partir de una más decidida intervención estatal. Los servicios médicos –escasos en los centros urbanos más importantes de la región hasta hace pocas décadas– no alcanzaban más que a una minoría de la población rural. Estas carencias se asociaban con la pobreza generalizada, no sólo en materia de ingresos, sino, además, de mobiliario y equipamiento de las viviendas; ambas características exacerbaban la mortalidad en los períodos críticos generales,

¹⁸ En ese perfil debería incluirse la última epidemia de viruela de la región, que aparentemente se habría desarrollado durante la primera década del siglo XX. Esta circunstancia pone en evidencia, además, el marcado atraso del proceso epidemiológico del Noroeste con respecto a regiones más avanzadas del país.

especialmente en las áreas dominadas por los complejos cañeros.

Por otra parte, puede ser atribuida también al carácter particular de los movimientos migratorios hacia dichos complejos, especialmente los que tenían como destino los ubicados en Salta y Jujuy. Los requerimientos en materia de mano de obra derivaron, en las décadas iniciales de aquellas construcciones, en una fuerte presencia de población indígena del interior chaqueño. Se ha conjeturado que los rasgos y diferencias culturales de las sociedades que participaron en las pulsaciones de las zafas, han tenido una alta incidencia en los elevados valores de la mortalidad.

Los mismos rasgos, aunque atenuados debido a las menores diferencias culturales entre los pueblos migrantes y las sociedades de acogida, se han hecho extensivos a los desplazamientos anuales de Tucumán.

Esta desprotección general, documentada por Niklison, Biale Massé o Rodríguez Marquina, entre otros, no pasó desapercibida para parte de la clase dirigente. Se ha destacado por ejemplo la importancia que tuvieron algunos de los “constructores” de los complejos azucareros, especialmente de Tucumán en algunos de los cambios en la estructura agrosocial de la época. Se ha señalado, también, el papel que tuvo el movimiento gremial en la denuncia de aquellas circunstancias y una rica historia de huelgas –algunas con apoyo nacional– puede explicar la desarticulación de determinados puntos negativos de la estructura azucarera, que se asentaba en las proveedurías, los vales, las raciones, los salarios bajos y otros tan-

tos aspectos de la época. No se ha desconocido, por otra parte, el desigual efecto de las acciones gremiales; así por ejemplo, la acción más temprana y la mayor incidencia en las áreas cañeras y de ellas en la de Tucumán.

Fue, pues, a los gobiernos provinciales de fines del siglo XIX o comienzos del XX a quienes les correspondió profundizar y expandir —en muchos casos con la ayuda nacional— la débil estructura que en esos años caracterizaba a la ingeniería social de la región.

El intervencionismo, de importancia creciente a partir de la crisis de 1895, puede asociarse con la presencia de un espíritu de reivindicación social, condición necesaria, creo, para poner en marcha y desarrollar los principales aspectos de la ingeniería social. Ejemplos podrían ser las conocidas leyes obreras de la época (primeras décadas del XX), la construcción de escuelas, los planes para viviendas obreras de la Caja Popular de Ahorros o, como lo destacué en otra oportunidad, el Laudo Alvear, de amplio contenido social.

Estas iniciativas se asociaron y complementaron con la puesta en marcha de obras tales como construcción de caminos, desarrollo de redes de agua corriente en las principales ciudades de la región y aún el empedrado de sus calles o la construcción de desagües.

Pero fue principalmente en el campo sanitario donde se concentró la mayor parte de la iniciativa para combatir los estragos de la muerte. Así, en 1916 todos los ingenios de la región ya tenían su médico. Además,

dichos ingenios comenzaron a construir sus propios hospitales (en 1920 había tres en Tucumán y dos en el Norte) antes de que, por ley de 1925, se los obligara a cumplir con la asistencia médica. En 1940 todos los complejos del Norte y de Tucumán ya estaban cubiertos por servicios médicos y hospitalarios.

Las campañas también tuvieron su importancia: se debe recordar, en tal caso, a la que se desarrollara entre 1912 y 1921 para la formación de parteras: el resultado fue que una parte creciente de las parturientas de la provincia de Tucumán estuvieran atendidas por personal diplomado. También se ha señalado la creación de las mutualidades provinciales anti-tuberculosas, la vacunación antivariólica obligatoria o la creación de las cajas de maternidad, para la protección de las mujeres en el parto.

Los esfuerzos no llegaron a ser todo lo exitosos que se deseaba en esos años, pues en la década de 1950 las enfermedades infecciosas, parasitarias y respiratorias aún eran las responsables del 30 por ciento de las defunciones del Noroeste, contra apenas el 20 por ciento del país en su conjunto.

Pero al parecer fueron suficientes: en su acción complementaria como en su persistencia en el tiempo pudieron modificar el rumbo de la mortalidad luego de 1935 e iniciar así el descenso marcado que se extendió por casi una década y media. La iniciación de este descenso antecedió al de la mortalidad infantil, que comenzara su período transicional en 1939. El proceso del Noroeste se asemeja así al de Argentina, claro que con una diferencia temporal en su iniciación de

casi cuatro décadas. Refleja, en tal sentido, que la caída resulta de una mejora general de todo el conjunto de la población. Es previa, también, al inicio de la transición de la mortalidad de la población del área cañera, detectada en torno a 1939, lo que podría demostrar la mayor vulnerabilidad de esta sociedad, por lo menos en estos años, con respecto al conjunto de la población regional.

2.1.2 Las construcciones sociales y la transición pronunciada (1935-1949). A partir de una tasa en torno al 20 por mil, la caída alcanza en 14 años al 11.5 por mil. No desaparecen, sin embargo, las torres que expresan los repuntes bruscos de los valores. Pero las magnitudes se redujeron notablemente. Si las cifras fueran correctas, éste habría sido el momento más importante en descenso de la mortalidad del Noroeste. En ese conjunto, se destaca el descenso más rápido de las tasas de Tucumán, prácticamente a razón de 1 por mil por año; valores muy similares se observan en Jujuy (0.9 por año) y en Salta (0.8 por año). En el extremo opuesto las tasas de Catamarca y La Rioja, curiosamente muy bajas al iniciar la transición, se redujeron en el orden de 0.2 y 0.3 por mil por año. Por su parte, el momento transicional de la mortalidad infantil comienza en 1939 y luego de una extensa caída, concluye a fines de la década de 1970.

En estos años, no obstante las diferencias provinciales –atribuibles, por otra parte a las deficiencias de la información-, la mortalidad regional disminuyó a razón de 0.7 punto por año contra 0.1 punto de la etapa sub-

siguiente. Desde el punto de vista del proceso que se analiza, es el momento más importante de todos. Dicha disminución, debe agregarse, fue más pronunciada en las sociedades agroindustriales de la región, particularmente en su población infantil: desde fines de la década de 1930 y hasta casi 1960, el índice de sobremortalidad infantil de los departamentos cañeros permanece constantemente debajo de los valores regionales. Por último, se ha señalado que de los dos complejos que integran la agroindustria azucarera regional, el proceso de la mortalidad del tucumano fue casi permanentemente el más adelantado de los dos.

En estos años de descenso se articularon los efectos de las medidas y de los rasgos de las construcciones sociales previas a 1935 con las derivadas de la “justicia social” propios del peronismo, que lograron consolidar las tendencias de una expresa política de protección obrera; así, debido tanto a la “tradición” como a la nueva política -y su resultante acumulación-, la ingeniería social alcanzaría un importante desarrollo en esta época.

Podría conjeturarse que uno de los factores de enlace entre ambos contextos políticos habrían sido los movimientos gremiales, ya muy importantes en los años previos a la transición de la mortalidad. Especialmente en los complejos azucareros, protagonizaron importantes huelgas contra los ingenios por lo menos hasta 1949. Pero se ha señalado, sin embargo, que en los ingenios del Norte las empresas tenían un control severo de las relaciones de los gremios con el sector laboral, sector éste integrado, ade-

más- por trabajadores de muy diversos orígenes culturales, lo que entorpecía aún más la eficacia de la acción gremial.

Los avances de la medicina, como por ejemplo el uso de los antibióticos y drogas antibacterianas o la introducción de la sulfamida, conformó uno de los rasgos centrales de la lucha contra la mortalidad en estos años; pero fue también central una mayor atención en la mejora de diversos rasgos socioterritoriales de los complejos azucareros y en su ingeniería social.

Comprendió, en efecto, diferentes cuestiones: entre ellas puede citarse, por ejemplo, el capítulo especial dedicado a la industria azucarera en el estatuto del peón (1944) a través del cual se buscaba disminuir el poder de los contratistas, mejorar las condiciones de trabajo y elevar los salarios.¹⁹ Más tarde, en 1945, el aumento del precio de venta del azúcar permitió la creación del Fondo de Compensación y Asistencia Social para apoyar a los obreros; también, para organizar la Junta Nacional del Azúcar que, entre otros propósitos, debía atender los problemas sociales del trabajador.

Simultáneamente, fueron los años en los que se activó la construcción de viviendas en los ingenios, se expandieron las redes de electrificación rural y del servicio de agua potable; se comenzó, también a pavimentar las rutas y en Tucumán se reforzó la unión de la capital con numerosos centros urbanos del interior, principalmente los ubicados en el corazón cañero.

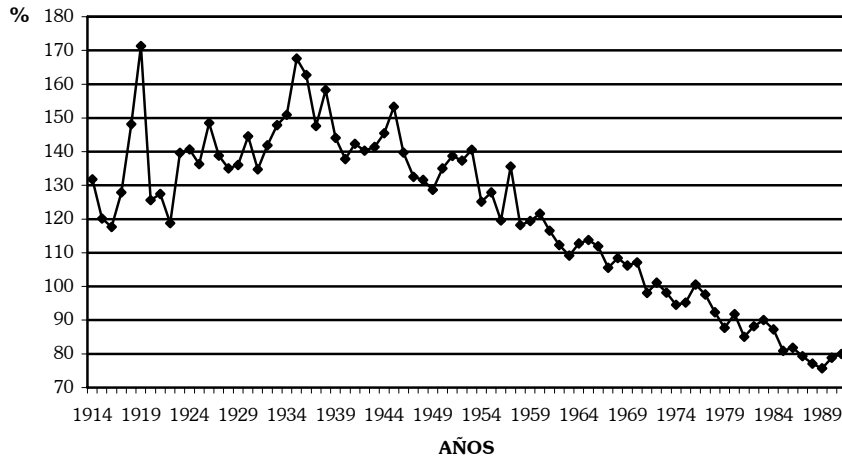
¹⁹ La mejora del ingreso real se produjo a partir de 1948, para mantenerse en buenos niveles hasta 1975.

Dije más arriba que en el mundo cañero regional se percibía un constante adelanto del proceso de descenso de la mortalidad del sector tucumano. Se ha conjeturado que su paisaje agroindustrial más complejo, abierto, diverso, “socializado” según la expresión de Coviello, habría sido más permeable que la rígida estructura del Norte a la acción de la ingeniería social.²⁰

2.1.3 *Transición suave. El protagonismo de la mortalidad infantil (1949-1961).* En estos 12 años la tasa bruta de mortalidad del Noroeste cayó de 11.5 a 9.8 por mil. Ello significa que la cadencia anual de caída de la *transición pronunciada* fue seis veces superior a la de este momento de *transición suave*. Parece ser, además, que fue en este momento que la ingeniería social logró reducir un tanto, por un lapso no muy largo, las marcadas oscilaciones de los valores de la mortalidad. El gráfico de la sobremortalidad estaría indicando que las últimas alteraciones bruscas se habrían producido en torno a 1954 y a 1957. En ambas circunstancias (principalmente en la última) las tasas de Jujuy y de Salta fueron las principales causas de dichas alteraciones.

²⁰ La alta difusión espacial de las escuelas –tal vez resultado de una política educativa más agresiva, explica que a mediados de la década de 1940 el analfabetismo de la provincia de Tucumán era 47 % más bajo que el de la provincia de Salta y 43 % que el de Jujuy.

Gráfico N° 3: Sobremortalidad del noroeste argentino (Argentina=100)



Fuente: Ver apéndice documental

La circunstancia central, pues, de estos años, consiste en que la ingeniería social en asociación con las estructuras económico-territoriales de la región necesitaron una docena de años para reducir la mortalidad en algo menos de dos puntos. Este es, sin embargo, un proceso muy común en la transición de la mortalidad. A los cambios acelerados de los comienzos –producidos por la reducción de la incidencia de las causas de muerte relativamente fáciles de evitar– le suceden procesos de mayor lentitud pues el perfil epidemiológico deja de estar dominado por las enfermedades infectocontagiosas para ceder lugar a las cardiovasculares, por ejemplo, más difíciles de combatir. Cabe señalar, además, que de alguna manera la mayor lentitud se relacionaría también con los cambios en la estructura por edad de la población.

En combinación con esta mayor suavidad en el descenso, se observó

la reducción de las tasas de mortalidad infantil, que bajaron más rápidamente que la general, y una ligera atenuación de las oscilaciones bruscas de los valores de las tasas.

Cabe advertir que en este proceso de cambio y descenso, la mortalidad infantil de la sociedad cañera del Noroeste se anticipó a la del Noroeste argentino en su conjunto, esto es, comenzó a descender primero y se mantuvo por debajo en todos estos años y aún más allá de esta etapa. Se han destacado, sin embargo, algunas diferencias importantes en el interior del mundo cañero: la mortalidad infantil de la sociedad cañera jujeña ha sido permanentemente la más alta al tiempo que la de Tucumán permaneció constantemente por debajo de todas; por último, se señaló la situación intermedia de la mortalidad infantil de la sociedad cañera salteña. En ese contexto, la participación de la mortalidad infantil de las plantaciones cañero-

ras del Norte ha sido siempre muy destacada en la conformación de saltos bruscos de los valores en el proceso regional. Esta circunstancia se habría de hacer muy evidente en el proceso de regresión que sucede en la próxima etapa.

2.1.4 Regresión regional (1961-1970). En estos años la tasa bruta de mortalidad del Noroeste interrumpió su descenso pasando de 9.8 a 10.1 por mil. En esa década los valores no sólo dejaron de descender sino que, aunque levemente, aumentaron. Los principales actores de esta regresión fueron las tasas de mortalidad de las provincias de Jujuy (el retroceso del período fue de 3.6 por mil) y de Salta (2.5 por mil). Próxima a las cifras de estas dos provincias está la de La Rioja (2.2 por mil) y en el extremo opuesto las variaciones de las tasas de la provincia de Tucumán (0.7 por mil).

Señalé más arriba que todavía no se conoce muy bien la importancia que tienen las diferentes formas de articulación entre la ingeniería social y las estructuras económico-territoriales en las variaciones de la mortalidad. Algunos autores han coincidido en destacar que la involución de la mortalidad argentina en estos años resultaba de la insuficiencia de las políticas sanitarias en tanto que no se correspondía con un buen nivel de desarrollo económico.

Es probable que en el caso del Noroeste las circunstancias hayan sido algo diferentes, y esto puede deducirse a partir del caso de los complejos azucareros. Se ha visto que el proceso de construcción de la estructura eco-

nómico-territorial del ingenio-plantación se asoció con el desarrollo de una ingeniería social menos eficiente que la asociada con el complejo azucarero tucumano. Además, se ha visto que a políticas sanitarias semejantes, había una mayor “permeabilidad” en este último. Las diferencias en las tasas de mortalidad –a veces muy importantes– entre ambas áreas nos eximen de mayores comentarios.

La crisis azucarera de los '60 afectó profunda y principalmente al complejo tucumano, al tiempo que el del Norte diera muestras de crecimiento y expansión. Sin embargo, la crisis de mortalidad se desarrolló con mayor énfasis en el Norte y en buena medida refleja la regresión de las tasas de mortalidad infantil, circunstancia que atribuí a la acción de una “acumulación de persistencias” en materia de defectos en la ingeniería social. A través del ejemplo del ingenio Ledesma –testimonio de los años '70– podríamos conjeturar que la involución de estos años y en especial del Norte, resultó de la insuficiencia de las mejoras económico-territoriales en tanto no se corresponden con mejoras en la ingeniería social; además, la malla de contención puede ser más eficiente en estructuras territoriales –aún bajo condiciones de crisis, como en Tucumán– más “abiertas” (o socializadas, como –según vimos arriba– señalaba Coviello).

2.1.5 El retorno del descenso (1971-1999). Según las cifras disponibles, a partir de 1971 la tasa bruta de mortalidad retoma su camino de su lento descenso hasta alcanzar, pro-

bablemente, el umbral postransicional. La velocidad de caída en este lapso, sin embargo, fue siete veces menor que la producida entre 1935 y 1949. En estos años se observa también que la mortalidad del Noroeste es más baja que la del país. Esto se debe a las diferencias en la estructura por edad, es decir, al mayor envejecimiento de la población del país y no a razones sociales o económicas. La diferencia de dos años en la esperanza de vida al nacer a favor de la Argentina, así lo confirma. Las caídas más pronunciadas de este período corresponden a las tasas de las provincias de Jujuy y de Salta. Cabe señalar, sin embargo, que son las provincias con más bajo índice de envejecimiento del Noroeste, tanto en el censo de 1980 como en el de 1991. El momento transicional de la mortalidad infantil del Noroeste concluyó, como dije más arriba, en 1979. A partir de 1980 y hasta 1991 desarrolla lo que podríamos denominar período de *transición atenuada*.

3. El crecimiento natural: ¿de un régimen tradicional a otro "moderno"?

El análisis de la evolución que han seguido la natalidad y la mortalidad durante el siglo XX en el Noroeste argentino nos aproximó al complejo conjunto de factores involucrados en cada proceso y en el de la transición demográfica.

Se puede conjeturar, sin embargo, que el campo de explicaciones de las variaciones de la mortalidad, si bien contiene un importante ingrediente cultural, reconoce la fuerte presencia de factores relacionados con la ingeniería social, con los hechos demográficos

y con los caracteres económico-espaciales de la región. Por el contrario, la evolución de la natalidad está más asociada con procesos culturales, aunque no se puede desconocer la importancia de políticas estatales específicas, de la evolución económico-social y, desde luego, de los factores demográficos.

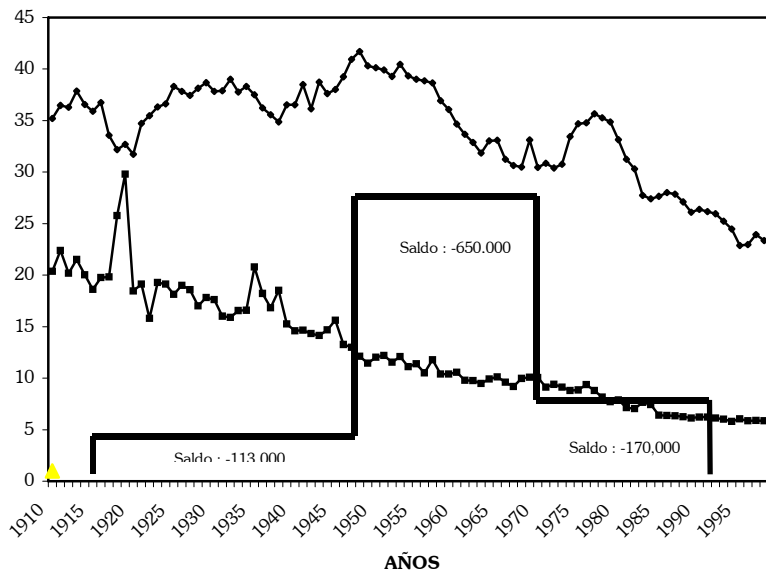
Los caracteres de la figura que describe el proceso de la natalidad y de la mortalidad en el Noroeste argentino no excluyen, por otra parte, las ya señaladas deficiencias de la información; sin embargo, se pueden percibir algunas tendencias generales y sobre ellas conjeturar que en el proceso inconcluso de transición demográfica del Noroeste es probable individualizar tres momentos principales:

3.1. El régimen tradicional de una sociedad desprotegida (1910-1938).

Como en la mayoría de estos casos, el régimen tradicional está asociado con un crecimiento natural bajo. Los valores de sus dos componentes explican tasas de crecimiento que varían entre 14 y 18 por mil, con excepciones de 1.5 por mil durante la crisis de 1919 o de 23 por mil en 1932. La figura indica que a partir de 1938 ambas curvas comienzan a divergir, dando lugar a otra circunstancia demográfica diferente, de alto crecimiento natural.

No existe manera, por la fecha de realización de los censos nacionales de población, de saber cuál ha sido la importancia de este crecimiento natural en el crecimiento total del Noroeste, a menos que aceptemos provisoriamente incluir y utilizar en este pe-

Gráfico N° 4: Transición demográfica y saldos migratorios netos en el noroeste argentino (1914/1947 - 1947/1970 - 1970/1991)



38 Fuente: Ver apéndice documental

río los datos de los censos de 1914 (unos 4 años después de su inicio) y de 1947 (unos 9 años después de su conclusión) en combinación con las estadísticas vitales. En tal caso, la población del Noroeste tuvo un crecimiento absoluto de casi 800.000 personas entre 1914 y 1947, incremento que resultó de la diferencia entre el saldo natural y los movimientos migratorios. Los cálculos de Ortiz nos indican que en ese lapso hubo una pérdida neta de unas 113.000 personas (gráfico 4).²¹

Así, pues, podríamos conjeturar – bajo las condiciones aludidas- que el

régimen tradicional fue coincidente con un proceso de expulsión de población. Pero tal proceso, sin embargo, tuvo actores (provincias, en este caso) que desempeñaron papeles diferentes. Tal es el caso, por ejemplo, de la provincia de Santiago del Estero, que con su saldo negativo de migración neta reunió casi el 56 por ciento del saldo regional negativo. Esa cifra, además, equivale al 21 por ciento de la población de la provincia en 1947.²²

Las provincias de Salta y Jujuy, como ejemplo contrario, tuvieron sal-

²¹ Cfr. J. Patricia Ortiz de D'Arterio, 1997, pp. 111-124

²² El impacto emigratorio regional, a su vez, alcanzó en 1947 al 10.3 por ciento.

dos migratorios netos positivos, principalmente ésta última cuyo impacto equivalía al 21 por ciento de su población. Esta diferencia en el comportamiento habría obedecido principalmente a la persistencia e importancia de los flujos migratorios de países limítrofes.

3.2 El régimen de una sociedad tradicional con protección creciente (1939-1970)

A partir de finales de la década de los '30 la población del Noroeste argentino se incorporó de lleno en el tiempo de la transición. Después de 1938 el crecimiento natural, que hasta esos años variaba entre 14 y 18 por mil, pronto alcanzó el 21 por mil y comenzó a ascender pero no solamente por la caída de la mortalidad sino, además, por el ascenso de la natalidad. La ingeniería social no sólo actuó sobre la mortalidad de aquella sociedad tradicional, sino —a través de la política natalista de esos años, en la natalidad. Así, entre 1946 y 1960 el crecimiento natural se mantuvo por encima del 25 por mil, alcanzando valores superiores a 27 por mil en por lo menos 10 de esos 14 años de máxima. Recién en torno a los comienzos de la década de los '70 (por efectos del descenso de la natalidad) se retoma el crecimiento natural de 20 por mil de 30 años atrás.

Se puede advertir, de esta manera, que la transición demográfica del Noroeste argentino habría tenido en esta fase un proceso algo diferente al común de los casos. Debido al ascenso de la natalidad hasta casi mediados de la década de 1950, se trataría de

una variación de la transición latinoamericana, notablemente diferenciada del modelo argentino. En tal caso, la sociedad habría comenzado a modificar sus pautas tradicionales —al menos en lo relativo a la dimensión familiar— a partir de la segunda mitad de la década de los '50. Proceso que, al parecer, no habría concluido totalmente aún a finales del siglo XX.

Esta variación en el ritmo del crecimiento natural alteró profundamente la relación entre población y recursos. Al parecer, el crecimiento encontró a una estructura económico-territorial incapaz de absorber los crecientes excedentes. Si tomamos el período intercensal 1947-1970 (esto es, un lapso casi una década menor al que abarca el período que analizo) esa estructura económico-territorial sólo habría permitido la incorporación de algo menos de 600.000 habitantes, al tiempo que dejó afuera según el cálculo de migración neta, 650.640 personas. Esto representó un impacto del orden del 27 por ciento con respecto a la población regional de 1970.

Nuevamente el mayor aporte a ese proceso provino de Santiago del Estero: un saldo neto de -277.195 personas que significó el 42.6 por ciento de aquel total; pero ahora lo acompaña el saldo tucumano, con casi el 35 por ciento. En términos de impacto, sin embargo, el alto valor de 55.9 por ciento (con respecto al total de la población santiagueña de 1970) fue superado por el de Catamarca (56.7 por ciento). Éstas, en realidad, fueron las áreas en las cuales los desajustes entre población y recursos habrían sido mayores.

3.3 Sociedad en tránsito a la modernidad (1972-1999)

En estas décadas la natalidad, como se señaló, perforó el nivel del 30 por mil en su descenso aunque, hasta el fin del período, no se había separado demasiado del nivel de 25 por mil. Por su parte, la mortalidad, luego de la “regresión” de los '60, descendió y tendió a estabilizarse – especialmente desde 1985- en torno al 6 por mil. Con ello, el crecimiento natural, que busca los niveles postransicionales, sólo logró estabilizarse en torno al 20 por mil. Ello ubicaría al Noroeste argentino en el grupo que CELADE clasificó “en plena transición”, en un proceso aún no concluido semejante al de Brasil, Colombia, México, Panamá o Costa Rica (Cela-de, 1996).

40

Debido a la reducción de los saldos naturales o a una recomposición de las estructuras productivas y territoriales hubo una tendencia al restablecimiento del equilibrio entre población y recursos. Si bien el saldo neto continuó en términos negativos, el volumen de 172.000 emigrantes en 1991 era 4 veces menor que el de 1970. En términos de impacto, el 27 por ciento de 1970 cayó a menos de 5 por ciento en 1991. Sin embargo, fue nuevamente la provincia de Santiago del Estero que aportó el mayor volumen (47.5 %) de ese saldo negativo. Conjuntamente con Tucumán (25.5 %) y Salta (14.2 %), integran más del 87 por ciento del total del saldo. De la misma manera que en el período anterior, el mayor impacto de la emigración lo sufrió Santiago del Estero, con el 12.4 por ciento.

Considerando todo el período (1914-1991) el saldo migratorio neto regional se aproximó al millón de personas, lo que equivale a un cuarto de la población actual. De ese total, la provincia de Santiago del Estero proporcionó casi el 50 por ciento, circunstancia ésta que equivale al 67 por ciento de su población actual. La provincia de Catamarca se destaca también en términos de impacto de la emigración pues representa el 50 por ciento de su población actual.

TRANSICIÓN, CAMBIOS Y PERSISTENCIAS

Hacia principios del siglo XX aquella sociedad tradicional del Noroeste argentino, en tránsito por los tiempos pretransicionales, desprotegida, no alcanzaba a reunir un millón de habitantes. El vacío dominaba el horizonte, sólo alterado por la fuerte aglomeración tucumana. Era, además, una población rural. Si en 1914 más de la mitad de la población de Argentina (52.7 %) ya vivía en ciudades, en el Noroeste unas 652.000 personas, próximo al 66 % del total, residía en el campo. De ese conjunto, no obstante, sobresalía la mayor proporción urbana de Tucumán (42,6 %) asociada muy probablemente con la mayor velocidad y profundización del proceso de modernización, aupado sobre las fuertes transformaciones territoriales que la introducción del capitalismo agroindustrial habían generado desde fines del XIX en la provincia; los rasgos específicos de dicha territorialización no habrían sido tampoco ajenos a esta circunstancia distintiva. Entre

1895 y 1914 los departamentos capitalinos y buena parte de los departamentos azucareros de Tucumán tuvieron las tasas de crecimiento poblacional más altas del Noroeste. En el extremo opuesto, las ruralias de La Rioja y Santiago del Estero (74.1 y 72.9 por ciento, respectivamente) dominaban sus territorios, indicando que las transformaciones iniciadas a fines del XIX –como el complejo agroforestal santiagueño, por ejemplo- no habían logrado el dinamismo de la agroindustria tucumana. La proporción de habitantes urbanos de Catamarca, Jujuy y Salta se asemejaba más al panorama riojano y santiagueño: integraban, por otra parte, las áreas de más bajas tasas de crecimiento del total de la población entre 1895 y 1914.

No obstante estas circunstancias, el movimiento de capitales y el desarrollo de los diferentes complejos que en estas décadas se instalaban en el Noroeste tradicional, aseguró la afluencia de inmigrantes internacionales como sucedía en el resto del país. Sin embargo, no es difícil observar que el impacto en la región fue mucho más reducido: mientras que los casi 2.400.000 residentes extranjeros representaban el 30 por ciento de la población argentina de 1914, los 75.000 del Noroeste rondaban el 8 por ciento de su población. Además, la situación geográfica aseguraba una más alta participación de extranjeros de países limítrofes. La inmigración internacional hasta 1914 fue, pues, moderada en términos de la evolución regional, sobresaliendo por su volumen los españoles e italianos, pero también los turcos y los sirio-libaneses, además de los bolivianos.

El proceso de territorialización tucumano asociado con el complejo agroindustrial azucarero desempeñó, nuevamente, un papel importante en este movimiento, pues el 50 por ciento de aquel total se radicó en esta provincia.

Hacia mediados de siglo la sociedad ya se encontraba instalada plenamente en el proceso transicional. La ingeniería social no sólo había operado, tardíamente pero con eficacia, en la reducción de la mortalidad sino –hasta los ‘50- en el incremento de la fecundidad. De manera que el total de 2,2 millones de personas que vivían en la región en 1960 resultó de ese alto crecimiento natural, que debió necesariamente articularse, probablemente para mantener el equilibrio entre la población y los recursos regionales, con los también elevados saldos emigratorios. Sin embargo el mismo territorio que expulsaba ciertos sectores de su sociedad –el caso de Santiago fue un paradigma- atrajo otros tanto del país como del extranjero. En efecto, en 1960 residían en el Noroeste un poco más de 113.000 extranjeros (algo así como el equivalente del 5 por ciento de la población total), de los cuales unos 76.000 (casi el 67 por ciento del total) provenían de países limítrofes. Si bien, entonces, el número total había aumentado, el impacto en la sociedad regional se redujo, al tiempo que la participación de los limítrofes se había multiplicado casi por cuatro. Estas variaciones afectaron también la incidencia de los extranjeros en la población económicamente activa potencial: si a principios de siglo su participación se aproximaba al 11 por ciento del total,

en 1960 había bajado a un valor cercano al 7 por ciento. Este impacto se concentraba principalmente en Jujuy y en Salta, pues allí participaban en el 27 y en el 13 por ciento de los activos respectivamente. En el resto de las provincias del Noroeste no superaba el 3 por ciento.

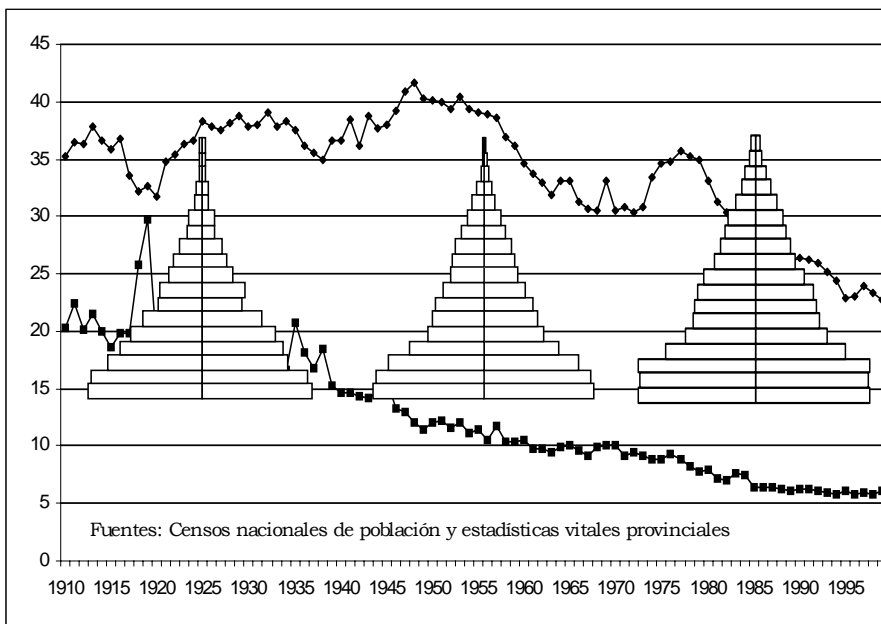
La mayoría de esta sociedad transicional, por otra parte, vivía aún en el ámbito rural. La condición urbana la habría de lograr recién en 1970, medio siglo después que la Argentina. En 1960 el Noroeste tradicional tenía una proporción de población que vivía en ciudades casi un 24 por ciento menor que la del país. Sólo dos provincias habían alcanzado la mayoría urbana: Salta y Tucumán. Pero en forma simultánea el proceso de urbanización en el Noroeste ya comenzaba a transitar la senda del desequilibrio. Si en ese año el paradigma nacional representado por el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) concentraba casi el 34 por ciento de la población del país, en la ciudad de Tucumán vivía el 38,4 por ciento de los habitantes de la provincia. Diez años después, en 1970, cuando el AMBA alcanzaba el paroxismo del 35.8 por ciento, el Noroeste lo superaba con su 36.5 por ciento de su población viviendo en sus ciudades capitales; de ellas casi el 48 por ciento en San Miguel de Tucumán, el 37.4 por ciento en Catamarca o el 35.2 por ciento en Salta.

La residencia rural de la población de mediados del siglo XX puede asociarse –entre otros factores– con la alta participación de la población en las actividades primarias (agricultura, principalmente) en el total de la po-

blación económicamente activa (PEA). El 30 por ciento del Noroeste contrastaba, efectivamente, con el 18.5 por ciento del país. Sin embargo, el mayor peso en la participación de la PEA de esta sociedad provenía del sector terciario, especialmente en las provincias de La Rioja y Catamarca, que se destacaban del conjunto en virtud de tener el rubro “servicios” más abultado de todas. La situación opuesta se observaba en Tucumán y Salta donde se registraban las proporciones más elevadas en el comercio y los transportes. A su vez, el sector secundario concentraba la menor proporción de población económicamente activa de la región. El sector secundario, sin embargo, era más importante en Tucumán, por ejemplo, o aún en Santiago del Estero, al tiempo que las provincias de Catamarca y La Rioja tenían las proporciones más bajas.

Finalmente, como toda población transicional, la estructura por edad de esta población ponía en evidencia su persistente estado maduro (**gráfico 5**) al tiempo que la edad media de la población argentina trepaba 6 años, de 23.5 a 29.5, entre 1914 y 1960 –para ubicarse en el umbral del envejecimiento– la población de dos provincias redujo dicha edad (Santiago del Estero y Jujuy) muy probablemente como resultado del incremento de la natalidad; en ninguna de las restantes, por otra parte, el aumento superó los dos años. La edad media de la población más envejecida de este grupo, la de Tucumán (24.8 años) era apenas 15 meses mayor que la de Argentina casi medio siglo atrás. En consonancia

Gráfico N°5: Transición demográfica y composición por edad y sexo de la población del noroeste argentino (1914-1960-1991)



43

con esas cifras, el índice de envejecimiento de la población de las provincias del Noroeste se mantuvo entre 5 y 10 por ciento entre 1914 y 1960 (que incluye un descenso en Jujuy y Salta); la población de la Argentina, por su parte, trepó en ese lapso de 6 a más de 18 por ciento.

En este medio siglo ninguna de las provincias del Noroeste había alcanzado el límite, como Argentina, que separa la población madura de la envejecida. Tampoco lo habrían de alcanzar a finales del siglo XX. Podría ser una medida de la resistencia de esta sociedad a entrar de lleno –según los cánones de la natalidad– en el modelo de la familia moderna, pos-transicional.

El final del siglo XX encuentra, en efecto, una sociedad que no termina de asimilar la modernidad. Sólo algunos segmentos lo hicieron. Su transición demográfica no ha concluido aún; tampoco la evolución de indicadores como la mortalidad infantil permite asegurar que la población regional haya accedido a niveles de avanzada. La regresión de los últimos tiempos, especialmente en provincias como Tucumán, posterga las esperanzas de alcanzarlos en un futuro cercano. Las construcciones de la sociedad –su ingeniería social y las estructuras socioterritoriales– pero principalmente sus constructores, han dado muestras de agotamiento o de incapacidad para superar esas circunstancias. Al parecer, la educación no había alcanza-

do plenamente a cumplir con sus propósitos.

Sin embargo encuentra también una sociedad ya plenamente urbana: el 74.5 por ciento de sus habitantes vivía en ciudades aunque con un fuerte desequilibrio por su alta concentración en las capitales de la región. En 1991 más del 54 por ciento de la población tucumana vivía en el gran San Miguel de Tucumán, el 50 por ciento en la aglomeración de Catamarca, el 47 por ciento en La Rioja. El 45.6 por ciento de los habitantes del Noroeste residía en sus capitales recorriendo un proceso de primacía inverso al del AMBA que en ese año había retrocedido hasta reunir el 33.5 por ciento de la población argentina, proporción más pequeña que la de treinta años atrás.

44 Los saldos migratorios netos de fin de siglo han sido negativos. Pero el volumen del período 1970-1991 fue casi cuatro veces más reducido que aquel que coincidió en buena medida con la transición (1947-1970).

También se redujo en estos años el número de residentes extranjeros en la región (menos de 74.000) con lo cual su impacto descendió a apenas el 2 por ciento; de ese total, unos 60.000 (80 por ciento) provenían de países limítrofes. Esta reducción se reflejó en el envejecimiento de la estructura por edad de los extranjeros y en el descenso de su participación en la PEA potencial. En 1991, 2.4 por ciento significó el valor más bajo de todo el siglo.

Por otra parte, la edad media de esta población finisecular es signo de una sociedad que inició pero aún no completó su trayectoria de población

madura, en estrecha relación con el proceso y los valores –decrecientes– de la natalidad. Entre principios y mediados de siglo la estructura por edad (**gráfico 5**) acusa el fuerte impacto de la emigración; entre mediados y finales, se agrega el estrechamiento de su base que pone en evidencia el cambio de conducta en materia de fecundidad. En su tránsito hacia una estructura más ajustada al modelo nacional, la sociedad regional encierra, sin embargo, comportamientos provinciales disímiles. La edad media de las poblaciones de Jujuy y de Salta, en efecto, creció 3.6 y 2.6 años respectivamente entre 1960 y 1991; algo parecido sucedió con la población de Catamarca, cuya edad media aumentó 2.1 años. Sin embargo, no hubo modificación alguna en la edad media de la población de Santiago del Estero o de La Rioja. La de Tucumán creció 1.3 año.

Aún cuando la carencia de información comparable sobre la composición de los activos en el censo de 1991 nos obliga a comparar los cambios ocurridos en sólo 20 años (1960-1980) queda muy claro que la actual fase de la transición demográfica inconclusa del Noroeste argentino es correlativa con la terciarización de la PEA regional. En estos 20 años dicha terciarización se definió, obviamente, por la disminución de la importancia relativa de los sectores primario y secundario, e incremento del terciario. Se destacó, en ese proceso, el descenso de la proporción de mano de obra ocupada en la agricultura y, al mismo tiempo, una caída pronunciada en la mano de obra industrial que en alguna medida fue compensada por el

aumento en la construcción. A su vez, el crecimiento del terciario traduce el crecimiento del empleo en servicios y en comercio.

El descenso del primario fue más acelerado que el del secundario, de manera que quedó como el sector más reducido de todos. Esto no ocurrió, sin embargo, en Salta y Santiago del Estero donde el empleo agrícola creció en valores absolutos deteniendo la caída de las cifras relativas. Si bien es cierto que en La Rioja también aumentaron los trabajadores del agro, su incremento no logró modificar sustancialmente la importancia relativa; conjuntamente con Catamarca son (como en 1960) las provincias que menos empleo tienen en esa rama.

En el sector secundario se destacan dos procesos complementarios. Por un lado el número de obreros de la industria disminuyó en todas las provincias –en Santiago del Estero se redujeron a la mitad de 1960- salvo en Jujuy, donde el incremento fue sustancial. Por otro, el creciente número de obreros de la construcción compensó la caída industrial. En Jujuy este incremento se acopló al ascenso de la mano de obra de la industria, determinando el único secundario que aumentó en valores absolutos y relativos en todo el Noroeste.

El terciario, por fin, convertido ahora en el sector más numeroso en todas las provincias, recibió el impacto del crecimiento de los servicios –La Rioja y Catamarca tienen la más alta proporción regional- y del comercio, que conjuntamente con los transportes, consolidaron a Tucumán y Salta

como los más desarrollados en estos aspectos.

En estos 20 años se achicó –en términos de mano de obra empleada- el sector productivo de la economía del Noroeste argentino. Según la distribución de dicha mano de obra, se pueden identificar por lo menos dos grupos de provincias. Uno de ellos, integrado por Salta, Tucumán y Jujuy con un secundario importante y una gran incidencia del comercio en la composición; entre 1960 y 1980 la población activa de esta rama se incrementó en un 220 por ciento en Jujuy. En oposición, las provincias de Catamarca y La Rioja tienen la más baja proporción de mano de obra empleada en la agricultura, en la industria, en el comercio y en el transporte, al tiempo que reúnen las más altas proporciones en servicios. La caída de la mano de obra industrial en Santiago del Estero incorporaría (con algunas reservas, debido al empleo del empleo agrícola) a esta provincia al segundo grupo.

Por último, el Noroeste argentino de este fin de siglo no se mantuvo al margen del proceso crítico que siguió la economía nacional de las últimas décadas, especialmente a partir de la *sui generis* puesta en práctica de las medidas sugeridas por el Consenso de Washington. Ello se ha puesto de manifiesto a través de las tasas de desocupación y subocupación publicadas por el Indec a través de la Encuesta Permanente de Hogares. A lo largo de la década de los '80 ambas tasas se mantuvieron en un nivel relativamente estable, con valores bajos, pero a partir de 1993 crecieron tanto en el país como en la región. Esta si-

tuación se fue agravando a medida que nos aproximamos al presente.

La actual situación del mercado de trabajo argentino, y particularmente en el Noroeste, se caracteriza por un proceso de fuerte desempleo estructural, el que se define por la subutilización de la fuerza laboral disponible como una situación casi permanente. Es muy probable que el nuevo paradigma tecnológico (automatización, nuevas técnicas de gestión informatizadas, etc.), así como la política implementada de apertura irracional, se encuentren en la base de este problema. Pero no conformarían, según se discutirá en el próximo punto, la parte sustancial de esa base.

LA SOCIEDAD, LOS ACTORES Y SUS RESPUESTAS

46

A comienzos de este trabajo señalé que la población regional podría ser definida por un conjunto de circunstancias críticas. En el desarrollo posterior se constató que, además de los aspectos de vacío, pobreza y emigración, esa caracterización se asociaba con el desfasaje en más de 5 décadas, con respecto al país, en el comienzo de la transición de la natalidad; por un idéntico retraso en el comienzo de la transición de la mortalidad y, por ende, la marcada persistencia de aquella sociedad vulnerable; por su período de regresión de las tasas de mortalidad entre 1961 y 1970 y por los aún elevados niveles de la mortalidad infantil. Por la transición inconclusa y los desajustes en la composición de la población asociados con la transición, como por ejemplo el tardío

y desequilibrado proceso urbano. Por los altos niveles de desocupación y la tarea también inconclusa de la educación, donde la deserción ha crecido insistentemente.²³ Estas circunstancias críticas describen algunas de las deficiencias en la calidad de vida de la población regional.

En el intento de identificar los factores de esas circunstancias se ha detectado la importancia que puede llegar a tener la naturaleza, especialmente en aquellos ámbitos que hoy pueden caracterizarse de extrema rigurosidad. Se ha señalado, no obstante, la incapacidad de este “determinismo” si se pretende extender su racionalidad hacia comarcas de condiciones menos extremas. Allí, en efecto, el papel de los factores culturales –expresados a menudo en procesos económicos– desdibujan aquella incidencia. Hemos visto de que manera, en una región donde las actividades agropecuarias y agroindustria-

²³ Hacia finales de la década de los 90 y comienzos del siglo XXI la desocupación se disparó aceleradamente. El conocido movimiento “piquetero” y sus distintas corrientes, que reclama ayuda social, tuvo uno de los orígenes precisamente –como lo indica la información periodística– en el Noroeste argentino (Tartagal, Salta), en 1997. Entre ese año y mediados de 2002 se habrían producido casi 4.000 cortes de ruta en todo el territorio argentino. El 30 por ciento de ese total tuvieron lugar en las provincias del Noroeste argentino, donde vive el 12 por ciento de la población nacional. De acuerdo con la fuente de esta información (Centro de Estudios de Nueva Mayoría) solamente en Jujuy se produjeron casi 600 cortes en esos años.

les han sido, y aún son dominantes, el peso de los hábitos, de la cultura, en la construcción del territorio, especialmente en lo que se refiere al uso, y muy a menudo al reparto de los recursos, ha jugado un papel importante. En esta historia secular de la población regional el dilatado y heterogéneo contexto natural ha sido una variable cultural de la sociedad; sus diferentes formas de uso y reparto fueron, además, los instrumentos de las respuestas a sus necesidades y aspiraciones crecientes. Cada cambio cultural o, si se quiere, los cambios en las prácticas materiales, generaron transformaciones territoriales y la de mayor magnitud parece haber sido la que se asoció con la consolidación del capitalismo a fines del XIX. Estas transformaciones, sin embargo, no cubrieron todo el ámbito regional, de manera que la antigua heterogeneidad social y cultural, previa a estas fechas, fue reemplazada por otra donde aparecen el tradicionalismo y el modernismo como los opuestos más visibles. Estos opuestos no sólo explican los territorios diferenciados de la región que inciden, según se vio, en procesos y deficiencias poblacionales de diversa índole, sino que, además, se encontrarían en la base de comportamientos demográficos también diferenciados.

Se ha visto que la transición demográfica, iniciada después del ingreso del capitalismo en el Noroeste, no se circunscribió sólo a la alteración de las tasas de natalidad y mortalidad sino que estuvo asociada con la transformación de una sociedad rural en otra urbana, con cambios en la fuerza de trabajo, en la composición por

edad de la población, en los movimientos migratorios, entre los más destacados. Pero esta transición, con todo lo que involucra de económico y cultural, tampoco ha concluido; el proceso de territorialización “moderno”, abandonado muchas veces al azar, e implicado en la transición, todavía no ha cubierto como dije todo el ámbito regional y la ingeniería social resulta insuficiente para acelerar los cambios deseables en diferentes aspectos. Pero esto no autoriza a suponer que el reemplazo final de la cultura tradicional por la moderna, el fin de la transición, la completa “territorialización” (con el necesario auxilio de una eficaz planificación regional) o cualquier otro cambio de índole cultural o económico-social permitiría superar total y automáticamente las circunstancias críticas que caracterizan la población regional. ¿Existe acaso –se ha preguntado– un mecanismo que automáticamente asegure la mejora de la calidad de vida? Ello significaría persistir en un hábito determinista –casi fatalista– que excluye del contexto central de explicaciones –entre otros– la acción de las responsabilidades personales y colectivas.

Puede conjeturarse, al respecto, que un sistema integrado por la naturaleza, el territorio, los actores sociales y su ingeniería social, los cambios y los “modelos” económicos, todo ello derivado de una matriz fuertemente cultural sería capaz de explicar las circunstancias críticas de la población regional sólo si es involucrado en el contexto englobante de las responsabilidades y de las decisiones, esto es, en el campo de la libertad del hombre.

Es obvio que el punto de partida de esta conjetura se apoya en la idea que el hombre tiene en sus manos realizar las diversas posibilidades históricas de sí mismo. Un renunciamiento a esta libertad, se ha dicho, significaría la renuncia a su constitutivo esencial, esto es, la renuncia a sí mismo. Un ejercicio concreto de la libertad es el acceso a las responsabilidades. La participación en las responsabilidades, a su vez, tendría que ser creciente en la medida que aumenta el nivel cultural y educativo y se desarrolla el sentido de la libertad: en ese contexto, se advierte cómo, “en el mundo abierto a un porvenir incierto, las decisiones de hoy condicionan ya la vida del mañana”.

48 En el proceso secular que se analiza, los diferentes actores sociales -en especial su dirigencia- debieron ejercer la responsabilidad, esto es, se vieron obligados a responder sobre distintos problemas en forma permanente. Día a día debieron optar. Si esto fuera así, se desdibujaría en buena medida la “inevitabilidad” o la fuerza omnipotente de la incidencia de los procesos culturales, económicos o naturales en la definición de los rasgos críticos de la población del Noroeste. Si hubo tal incidencia, y eso es cuestionable, no fue automáticamente directa. La sociedad no parece ser un mecanismo relojero; en este “jardín de los senderos que se bifurcan”, fue la responsabilidad de los actores sociales -y su elite- el timón que casi siempre seleccionó alguno de los posibles derroteros de aquellos procesos.

Es en ese contexto que puede interpretarse el proceso -y los caracteres- de la población regional como re-

sultado de la naturaleza diversificada, de los cambios culturales, económicos o sociales como lo hemos descripto o de las construcciones de la sociedad pero fuertemente condicionados por las acciones de los distintos grupos de la sociedad y por las decisiones de la clase dirigente. Esas decisiones, según creo, habrían escatimado muy a menudo el ejercicio pleno y positivo de las responsabilidades.

Esta perspectiva, que no es excluyente, permitiría interpretar mejor diversos aspectos del perfil de la población, con preferencia de aquellos vinculados con la calidad de vida.

Entre ellos, por ejemplo, la subutilización de los recursos desequilibradamente distribuidos, esto es, la “economía de derroche” que caracteriza buena parte del territorio regional, habría resultado tanto (o más) de numerosas opciones libremente tomadas por la dirigencia que de las fuerzas inevitables de la naturaleza, de la historia, de la economía o de la cultura. En ese orden deberían incorporarse también a las diferencias sustanciales entre los dos mundos agroazucareros del Noroeste, al proceso “inconcluso” del complejo agroforestal santiagueño y a otras formas de territorialización que se desarrollaron en la región.

Al ser observada desde esta perspectiva, los caracteres y los cambios de la ingeniería social también podrían dar cuenta, por ejemplo, del atraso del orden del medio siglo con respecto a la Argentina en comenzar la transición de la mortalidad y con ello superar el período de desprotección social del noroeste.

La sociedad regional dio sobradas muestras de la capacidad de sus elites. El análisis, por ejemplo, de construcciones tan destacadas como lo fueran los complejos azucareros, puso de manifiesto la presencia de dirigentes muy identificados con el sentido social de la riqueza, hecho que fuera subrayado por observadores tan agudos como Niklison o Biale Massé. Este tipo de respuesta –ese ejercicio de la responsabilidad– ponía diferencias a veces notables en la calidad de vida de la población de los distintos complejos agroindustriales, involucrados todos en un idéntico proceso y sistema económico y cultural. Ejemplos similares abundan en áreas de mayor responsabilidad social y política de las diferentes provincias del Noroeste. Sin embargo, ¿ese nivel de excelencia fue constante en la historia regional? ¿Acaso se ha logrado diseñar y poner en permanente práctica una planificación regional que busque potenciar las ventajas materiales y espirituales de estas comarcas? ¿Se ha elaborado una política agraria regional que complemente las reconocidas imperfecciones del mercado y asegure – como a cualquier granjero de países desarrollados– una subsistencia digna a la población rural? ¿Se avanzó en la planificación territorial de modo tal que vivir a más de 100 kilómetros de cualquiera de las capitales regionales no se convierta en un tormento y aliene el otro de vivir cerca de las capitales pero en villas miserias? En fin, ¿hubo una generalizada preocupación por elegir los derroteros asociados con el bien común antes que con el individual? El nivel de falencias en la población regional –tanto actual co-

mo del pasado– parecería expresar que esa preocupación (profunda en varios casos) no fue un denominador común. Esta hipótesis, a pesar de su aparente verosimilitud, debería ser el punto de partida de un próximo análisis de la población del Noroeste argentino.

BIBLIOGRAFÍA

- Baily, Samuel (1984). *Movimiento obrero, nacionalismo y política en Argentina* Paidós, Buenos Aires
- Biale Massé, Juan (1969). *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas*. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba.
- Benedict, Ruth (1939). *El hombre y la cultura. Investigación sobre los orígenes de la civilización contemporánea*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Bolsi, Alfredo et al. (1997). *Problemas poblacionales del Noroeste argentino*. UNT-Junta de Andalucía, Tucumán.
- Bolsi, Alfredo et al. (1997). *Problemas agrarios del Noroeste argentino*. UNT-Junta de Andalucía, Tucumán.
- Bolsi, Alfredo (1997). La población del Noroeste argentino según su lugar de residencia (1914-1991). En *Problemas poblacionales...* (op. cit.) pp. 125-141
- Bolsi, Alfredo (1997). La distribución de la población, 1869-1991. En *Problemas poblacionales...* (op. cit.) pp. 35-46
- Bolsi, Alfredo (1997). La actividad ganadera en el Noroeste argentino. En *Problemas agrarios...* (op. cit.) pp. 149-180
- Bolsi, Alfredo (1997). El noroeste argentino: una aproximación a su mundo agrario. En *Problemas agrarios...* (op. cit.) pp. 181-183

- Bolsi, Alfredo (2000). Población, azúcar e industria rural en Tucumán, Argentina. En *Geographica*, n.38, Zaragoza, pp.93-121
- Bolsi, Alfredo y Julia Patricia Ortiz de D'Arerio (2001). *Población y azúcar en el Noroeste argentino. Mortalidad infantil y transición demográfica durante el siglo XX*. IEG-UNT, Tucumán
- Bolsi, Alfredo y Roberto Pucci (1997). La población según su composición profesional. En *Problemas poblacionales...* (op. cit.) pp. 191-199
- Bolsi, Alfredo y Roberto Pucci (1997). Evolución y problemas de la agroindustria del azúcar. En *Problemas agrarios...* (op. cit.) pp. 113-134
- Bravo, Jorge H. (1992). Visiones teóricas de la transición de la fecundidad en América latina. ¿qué relevancia tiene un enfoque difusionista?. En *Notas de Población*, CELADE, año XX, n. 56, Santiago de Chile, pp. 33-55
- Campi, Daniel (1999). Los ingenios del Norte: un mundo de contrastes. En Fernando Devoto y Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina*. T. II, Taurus, Buenos Aires
- CELADE (1996). *Impacto de las tendencias demográficas sobre los sectores sociales en América latina. Contribución al diseño de políticas y programas*. CEPAL-CELADE-BID, Santiago de Chile
- Chackiel, Juan y J. Martínez (1993). Transición demográfica en América latina y El Caribe desde 1950. Documento presentado a la IV Conferencia latinoamericana de población. México, 23 al 26 de marzo.
- Chackiel, Juan y Renate Plaut (1994). América latina: tendencias demográficas con énfasis en la mortalidad. En *Notas de Población*, CELADE, año XII, n. 60, Santiago de Chile, pp. 11-46
- Chackiel, Juan y Susana Schkolnik (1992). La transición de la fecundidad en América latina. En *Notas de Población*, CELADE, año XX, n. 55, Santiago de Chile, pp. 161-192
- Chesnais, Claude (1986). *La transition démographique*. PUF, París
- Cornejo San Milan, Estela y Elena R. Ghioni (1974). Los zafreros en el Norte argentino. En *Migraciones. Temas y ensayos*, n. 5, CADEMS, Buenos Aires
- Coviello, Alfredo (1939). El problema azucarero. En *Revista de Economía Política*. Vol. 1, n. 1, Tucumán
- Cosio-Zavala, María (1997). Changements démographiques en Amérique latine; famille, migration, urbanisation: nouveaux modèles, nouveaux comportements. En *Cahiers des Amériques latines*, n. 22, París, pp. 61-69
- Del Campo, Hugo (1983). *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*. CLACSO, Buenos Aires
- Doyon, Louise (1977). Conflictos obreros durante el régimen peronista (1946-1955). En *Desarrollo Económico*, n. 67, Buenos Aires
- Giarraca, Norma y Susana Aparicio (1989). *La integración del campesinado al complejo agroindustrial cañero*. Buenos Aires, mimeo
- Gras, Carla (1999). *Estructura agraria y movilidad social: el tabaco en Tucumán, Argentina*. Buenos Aires, mimeo. Tesis para obtener el título de doctora.
- Harvey, David (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires.
- Jones, David (1975). *Shifting patterns of sugar cane production in Northwest Argentina*. Michigan State University, Ph. D. Social Geography, Xerox University Film

- Kirk, Dudley (1996). Demographic Transition theory. En *Population Studies*, vol. 50, Londres, pp. 361-387
- Lagos, Marcelo (1993). Estructuración de los ingenios azucareros jujeños en el marco regional (1870.1930). En Daniel Campi (comp.) *Jujuy en la historia*. UNJu, Jujuy
- Lesthaege, Ron J. (1977). *The decline of belgian fertility*. Princeton University Press
- Little, Walter (1979). La organización obrera y el estado peronista 1943-1955. En *Desarrollo Económico*, n. 75, Buenos Aires
- Livi Bacci, Massimo (1990). *Historia mínima de la población mundial*. Ed. Ariel, Barcelona
- Madariaga, Marta (1997). El frente agrario: desarrollo de los cultivos de soja. En *Problemas agrarios...* (op. cit.) pp. 101-112
- Mertens, Walter (1996). El crecimiento de la población y desarrollo económico. En *Cuadernos de la CEPAL*, Santiago de Chile
- Naciones Unidas (1978). *Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas*. New York
- Niklison, José (1917-1989) Investigación sobre los indios maticos trabajadores. En *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, n. 35, dic. 1917, Buenos Aires. Reimpresión, UNJu, Jujuy
- Orman, Abdel (1971). The epidemiologic transition. A theory of the epidemiology of population change. En *Milbank Memorial Fund Quarterly*, vol. XLIX, n. 4, part 1
- Ortiz de D'Arterio, Julia Patricia (1997). Características de la mortalidad, 1910-1992. En *Problemas poblacionales...* (op. cit.) pp. 61-72
- Ortiz de D'Arterio, Julia Patricia (1997). El descenso de la fecundidad en las últimas décadas. En *Problemas poblacionales...* (op. cit.) pp. 87-94
- Ortiz de D'Arterio, Julia Patricia (1997). Noroeste argentino: análisis de los flujos migratorios intra y extra regionales. En *Problemas poblacionales...* (op. cit.) pp. 111-124
- Ortiz de D'Arterio, Julia Patricia (1997). Análisis geográfico de la inmigración internacional en el Noroeste argentino (1869-1991). En *Problemas poblacionales...* (op. cit.) pp. 95-110
- Ortiz de D'Arterio, Julia Patricia y Martha Caillou (1997). Una primera aproximación al estudio del crecimiento natural, 1910-1992. En *Problemas poblacionales...* (op. cit.) pp. 47-60
- Palloni, Alberto (2001). Análisis demográfico: nuevas teorías, nuevos modelos y nuevos datos. En *Notas de Población*, año XXVIII, n. 72. Santiago de Chile, pp. 7-38
- Pantelides, Edith (1983). La transición demográfica argentina: un modelo no ortodoxo. En *Desarrollo económico*, vol. 22, n. 88, Buenos Aires, pp. 511-534
- Pantelides, Edith (1992). Más de un siglo de fecundidad en la Argentina: su evolución desde 1869. En *Notas de Población*, CELADE, año XX, n. 56, Santiago de Chile, pp. 87-106
- Pucci, Roberto (1997). El crecimiento de la población. Un análisis departamental (1895-1991). En *Problemas poblacionales...* (op. cit.) pp. 9-34
- Rivas, Ana Isabel (1997). La tenencia de la tierra en el Noroeste argentino: caracterización y problemática. En *Problemas agrarios...* (op. cit.) pp.9-22
- Rivas, Ana Isabel (1997). El riego en el espacio agrario del Noroeste argentino. En *Problemas agrarios...* (op. cit.) pp. 135-142

- Rodríguez Marquina, Paulino (1899). *La mortalidad infantil en Tucumán*. Talleres de la Provincia, Tucumán
- Rosero Bixbi, Luis (1992). Las tendencias de la nupcialidad y la transición de la fecundidad en América latina. En *Notas de Población*, CELADE, año XX, n. 55, Santiago de Chile, pp. 105-128
- Rothman, Ana María (1973). La fecundidad en la Argentina entre 1869 y 1970. En *Desarrollo Económico*, vol. 12, n. 48, Buenos Aires, pp. 827-847
- Simmons, Alan B. et al. (1983). El contexto social de cambio de la fecundidad en América latina rural. Aspectos metodológicos y resultados empíricos. EDRC-MR 71. CELADE
- Somoza, Jorge (1973). La mortalidad en la Argentina entre 1869 y 1960. En *Desarrollo Económico*, vol. 12, n. 48, Buenos Aires, pp. 807-825
- Tasso, Alberto (2001). *Fuerza de trabajo, tierra y regadío en la estructura agraria de Santiago del Estero (1870-1940)*. Santiago del Estero, mimeo. Tesis para obtener el grado de doctor.
- Zavala de Cosío, María E. (1992). La transición demográfica en América latina y en Europa. En *Notas de Población*, CELADE, año XX, n. 56, Santiago de Chile, pp. 11-32.